COMEDIA FAMOSA.

LA JARRETIERA DE INGLATERRA, EL MAYOR APRECIO DEL DESCUIDO DE UNA DAMA.

DE DON FRANCISCO BANCES CANDAMO.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Eduardo, Rey de Inglaterra.
Enrique de Montgomeri.
El Duque Norstorcia.
Juana, Condesa de Salisburch.
Milardi Enriqueta, Dama.
Fenisa, criada.



Nise, criada.
Morgàn, criado.
Zerbia, criado.
Ricardo, galàn.
Musica, y acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Dentro Musica.

AL triunfo de Eduardo
el Tamesis aneguen
à vagas poblaciones
Gondolas, y Javeques,
rompiendole la tez à las espumas
los clarines, que musicos gorgeen.

Dentro tocan clarines.

Dent. Juana. Llega à tierra, que àzia aqui
del Rey la batida viene.
Dent. Milard. Tomemos todos venablos,
siguiendo confusamente
el estruendo de la caza.
Uno. Al llano el bruto desciende.
Dent. Rey. Seguidle àzia la ribera.
Todos. Al llano.
Dentro Juana. Cielos, valedme.

Vàn las Damas con venablos, y plumas, atravesando el tablado, como en fuga.

Fenis. Mas à mano estàn mis plantas,
à ellas mi temor apele. *vase.*
Nise. Si yo en mi miedo cupiera,
en èl pudiera esconderme. *vase.*
Milard. Un monte mueve la planta
en cada passo que mueve. *vase.*
Dent. Juana. No ay quien me socorra?
Dent. Enriq. Bruto,
la furia velòz suspende,
pues ya la vida derramas

E.LAZAÑA

en rox[illegible]uma que viertes.

Dent. Rey. Monteros, acudid todos,
que alli voces de mugeres ſuenan.

Sale Juana de monte con venablo, y plumas, huyendo, y ella, y todas à la Ingleſa.

Juana. Ay de mi! que en vano,
aun para quexarſe, quiere
el pecho alentar, ſi el ſuſto
acentos, y paſſos prende,
y tanto aun para las voces
el aliento ſe entorpece,
que entre los labios, del paſmo,
ſe me ha cuajado el ambiente.

Sale Enrique de cazador con venablo.

Enr. Suſpende, prodigio hermoſo,
la planta, de cuya breve
huella, la eſtampa en un ſolo
jazmin, que brota, ſe pierde,
y alienta, que ya el cerdoſo
bruto, que aljava viviente
volantes flechas ſacude
del rizo arqueado copete,
ſu vida vertiò à las flores,
à quien tu peligro tiene
del ſuſto pàlidas, haſta
que à ſu purpura enrojecen;
pues regadas con ſu ſangre,
florecerà alli ſu muerte.

Juana. Quien ſino tu, Enrique mio,
tan velòz à ſocorrerme
llegàra? y quien ſino tu
pudiera hacer que perdieſſe
el merito de elegirte
al deſtino de no verte?

Enr. Ay mi bien! eſſa memoria
guarda, para defenderme
con ella de mi diſcurſo,
viendo que à tus ojos buelve
victorioſo el Rey, y viendo
quanto ſus anſias corteſes
le acreditan de tu amante.

Juana. Si vès mi deſdèn, què temes?

Enr. Que eſquiveces apuradas
dexan de ſer eſquiveces,
pues poderoſas porfias,
haſta quando canſan vencen.

Juana. Gente en mi ſocorro acude,
y aunque no importa que vieſſen,
que en tal peligro me hablabas,
aviendo logrado ſiempre
tan oculto nueſtro amor,
que entre mil inconvenientes,
no ſolo no ay quien lo ſepa,
pero ni aun quien lo ſoſpeche:
deſmayada he de fingirme
en tus brazos, ya me tienes *(Cae en*
en ellos, eſta mentira *ſus brazos.*
tantas verdades te premie.

Enr. Què hicieran, prenda adorada,
en mi cuello reverente
tus verdades, ſi aun aſsi
tus mentiras favorecen?

Salen el Rey, el Duque, Ricardo, todos de Ingleſes galanes, con plumas, y venablos.

Duq. Azia aqui fue; mas què miro!

Rey. Azia aqui; mas Cielos, eſte
prodigio, no ſolo el paſſo,
pero aun la viſta detiene,
divorciandome el aſſombro
lo movil de lo viviente.

Dent. Mil. Bolved todas, pues ya acude
à nueſtro ſocorro gente,
y el dexarla, ya que aſsi
no ſe diſculpe, ſe enmiende.

Salen las Damas, y Morgàn.

Feniſ. Aqui eſtà, y bien aſsiſtida,
no ayas miedo que vinieſſen
tan prontos à mi ſocorro.

Morg. Eſſo es querer que ſe afrente
mi valor con tu temor,
quando mi azero acomete;
mas valgame Dios! el Rey.

Feniſ. Mas à mi fuga ſe debe,
que à tu amor.

Rey. Què es eſto, Enriquè?

Enr. Señor, groſſero accidente,
à precio de una deſgracia,
hacerme felìz ſe atreve:
tan gran coſta à la fortuna
las dichas de un triſte tienen.

Milard. Deſmayada al ſuſto yace:
Prima? *Juana.* Ay de mi!

Rey. Ya amanecen
dos noches en ſus dos ojos,

y en sus mexillas enciende
la sangre otra vez las rosas,
que el susto apagaba en nieve;
mal aguero es de mi entrada.
Duq. Ay de quien todo lo siente!
para otro vive, si vive,
para mi muere, si muere.
Juana. Donde, Cielos, estoy?
Rey. Donde à tu vista convalece
en todos, Condesa hermosa,
el alma, puesto que al verte,
ni bien muerta, ni bien viva,
en nosotros se detiene
la vida, como confusa,
mas que dudosa, pendiente,
entre el susto con que alientas,
y el temor con que enmudeces.
Juana. Vuestra Magestad, señor,
yo, si::- *Rey.* Aun turbada parece
mas bella hermosura; còmo
tu imperio evitar se puede,
si hasta los mismos peligros
son de tu peligro afeyte?
Juana. Glorioso Rey Eduardo
de Inglaterra, en cuyos breves
jovenes años, las altas
esperanzas de tus gentes,
madrugando el tiempo, aun mas
fructifican, que florecen;
pues tus primeras hazañas
han sido tan eminentes,
que à la fama, y la memoria
no les dexan ya que esperen,
y tus prendas, de excessivas,
desde que nacen no crecen.
En essa hermosa Alquerìa,
cuyas torres desparecen
las pyramidales puntas
de sus altos capiteles,
en las agujas de tanto
ciprès como la guarnece,
y mas que guarnece, assombra;
pues siendo fantasmas verdes,
de sombras de gualda visten
negro verdor sus cipreses.
En essa hermosa Alquerìa,
que sediento de las fuentes,
y ambicioso de las flores,
que bordando sus ribetes,
transforman en aguas de ambar
sus bulliciosas corrientes,
en lugar de retratarla,
el Tamesis se la bebe,
el general Parlamento
el hospedage os previene
donde esteis, en tanto que
perfectas en Londres queden
las prevenciones del triunfo
con que recibiros quiere,
quando bolvais victorioso
de tantas armadas huestes,
como el Rey David de Escocia
por nuestras campañas tiende,
por nuestras cumbres derrama,
à cuyo peso eminente
todos los montes se exprimen,
y de su impulso proceden
los minerales que brotan,
los manantiales que vierten.
Mi prima Enriqueta, y yo
ocupabamos la fertil
vaga poblacion frondosa
de sus confusos vergeles
esta Primavera, donde
Enrique, cuyos pinceles
tanto à la naturaleza
en lo que imitan exceden,
que parece que à los dos
producen lo que les mienten,
pintaba una galerìa,
cuya historia à sus paredes,
en coloridos idiomas,
voz para los ojos diesse.
Viendo, pues, que en este bosque
la inclinacion os detiene
de la caza, como son
las Cortes tan impacientes
con la pereza, en aquella
noble ansia de vèr sus Reyes,
se despuebla Londres toda,
porque el Tamesis se pueble
de nadantes galerìas
en Gondolas, y Javeques,
que al ayre sobre las velas
errantes pensiles texen,
de quien fueron los matizes

cendales, y gallardetes.
En ellos todas las damas
la undosa tez transparente
del rio rompen, y bordan
de blancas espumas leves,
ò ya la quilla las rija,
ò ya el ayre las encrespe:
de musicas, y clarines
se pueblan acordemente
los ayres, haciendo, quando
ecos con ecos se encuentren,
que hiriendo como impelidos,
alhaguen como cadentes.
Mi prima, y yo, en quien à nadie
la lealtad nátiva cede,
en una Gondola entramos,
tan ascua de oro, que temen,
aun los cristales del rio,
à sus luces encenderse,
segun herida su popa
à tanto reflexo ardiente,
quanto al Sol concibe en visos,
al agua en incendios buelve.
De vuestros Monteros vimos
vagar confusos tropeles
por la ribera, y creyendo,
que con ellos estuviesses,
terciando todas venablos,
cuyos azerados temples,
aun mas el temor adornan,
que el animo fortalecen:
salimos à tierra, quando
de aquel ribazo desciende,
como que precipitados
tras sì los montes traxesse,
en los hombres que le acosan,
y en los canes que le muerden,
un Espin, tan erizado,
que su gyro le defiend,
serrado esquadron de picas,
y saetas, con que suele
dar muerte, quando sus puas,
à quantos se le opusieren,
ò ya vibradas enristre,
ò ya disparadas fleche.
Sediento, y herido, al agua
iba, y yo pasmada al verle,
di primero voces, luego
ni aun de ellas pude valerme,
y enmudecì, porque el susto
hizo que à un yelo rebelde,
aun el aliento cuajado,
la respiracion estreche,
y en nudo de bulto acabe,
por mas que en suspiro empieze:
huye al corazon la sangre,
vistiendo de palidezes
el miedo en el rostro, y tanto
la turbacion en mi crece,
que hizo, que aun para la fuga
las plantas se me congelen,
prendiendome el passo, con que
haciendo que el riesgo espere
el no resolverme à huirle,
pareciò que era atreverme
à esperarle cara à cara:
O quantas, ò quantas veces
del cobarde ha parecido
la irresolucion valiente!
Todas me dexaron quando
llegò Enrique diligente,
llamado de mi peligro;
y bien que el bruto esgrimiesse,
ya de su greña las puntas,
y ya el marfil de sus dientes,
escupiò en sangre la vida,
sonando el viento à los fuertes
impulsos de su venablo;
porque al furor que le impele,
aun antes el viento gima,
que el bruto herido se quexe.
Acudiòme luego, quando,
al pavor que me estremece,
haciendo que aun con la planta
el aliento titubee:
socorriendo al corazon,
los sentidos desfallecen
en un desmayo, de quien
cobrada llego à ofrecerme
à tus plantas, desde donde
en festivos parabienes
de tu vitoria, en tus manos
mi lealtad rendida selle.
Rey. Alzad del suelo, divino
prodigio, que està indecente
à mis plantas tu hermosura,

por mucho que ella me eleve,
hasta adonde à humanos ojos
la altura me desvanece.
Mal huviesse, amen, la caza;
y mal el afân huviesse,
que en el ignorado acaso,
à su costa me divierte;
pus robò el susto à los ojos,
en sus labios, y en su frente,
los ampos à los jazmines,
la purpura à los claveles.
No mas caza, no mas monte,

Arroja el venable.

y nadie à mi vista quede
con las venatorias armas,
que su peligro me acuerden;
pues fuerza es, que à mi amor tanto
el susto le represente,
que siempre que se repita
rezelarè que sucede.
No en vano, Enrique, en mi agrado
tanta estimacion adquieres:
no en vano tu habilidad
peregrina pudo hacerte,
Pintor de camara mio,
por mas que estrangero eres
en mis dominios: no en vano
mi inclinacion, mudamente,
me avisò, que tu valor
se reservò para hacerme
tan gran servicio; porque
naturaleza prudente,
à gran fin en un sugeto
sus altos dones previene.
Toma esta joya, no tanto
por imaginar que premien
tantos luminados astros,
como su esfera guarnecen
tu accion, como porque viendo
quanto ella à mi premio excede,
que es superior tu hidalguia
à mi grandeza, confiesse.

Enr. Señor, que sea forzoso,
que à fuerza del poder ferie
mis finezas, permitid,
que lo escuse, pues no puede
ser acreedor vuestro aquel,
que executa lo que debe.
Qualquiera que alli se hallàra,
era forzoso que hiciesse
lo mismo; el llegar mas presto,
no es hazaña, sino suerte,
y de una fortuna, bien
premiado està el que la tiene.

Rey. Tomad, y no repliqueis,
que compite con los Reyes,
quien sus favores no admite,
y en cierto modo los vence,
quanto và de que del rico
aquel que no lo es desprecie.

Dale una joya.

Enr. Vivais dilatados siglos.

Morg. Hombre, toma, y no aconsejes;
que el primero que inventò,
que los Principes de allende
solo con palabras paguen,
es digno de que le quemen.

Enr. Por què?

Morg. Porque este introduxo
moneda falsa; si adviertes,
que palabras de señores,
con ser moneda corriente,
tienen [illegible]a ley; pero oy
ninguna mas liga tiene.

Juana. Ya que vos, por ser en fin
magnanimo, solamente
os mostrais agradecido,
no estrañarèis que se muestre
deudora la interessada:
(ocasion es de que temple
con este favor los zelos,
que en dones el Rey embuelve)
Enrique, esta joya mia,
(el decir mia os empeñe
à no escusarla) esta joya,
mi afecto es bien que os entregue;
no en premio, sino en señal,
que mi gratitud ostente;
pues quien empieza à pagar,
parece que ya agradece.

Dale otra joya.

Enr. Porque vuestra mano::-

Duq. Enrique,
essa joya, ya me entiendes,
esposo he de ser de Juana,
cortès, y discreto eres. *Al passar.*

Enr.

Enr. Esto solo me faltaba.
Milard. En vano resuelves
tomar prenda de otra dama,
que no sea para ofrecerme
à mì. *Enr.* Otro escollo!
Juana. Tomad.
Enr. Porque vuestra mano dexe
premiado, aun mas el deseo
de mis rendimientos fieles,
que la accion, la tomo; en fe
de que en su valor se infiere,
que quien os queda deudor,
tambien obligado os quede;
por vuestra tomo la joya,
y porque ocasion me ofrece
de competir de un Monarca
heroycas explendideces,
sin que ofenda el competirle.
Rey. De què suerte? *Enr.* Desta suerte.
Esta joya, gran señor,
en pago à daros se atreve
mi amor, de la que me disteis:
ved como reusar puede
vuestra grandeza el tomarla,
ni quien dirà, que no vence
mi dadiva à vuestro dòn,
sin que vuestras altiveces,
de que yo os pague una joya,
puedan, señor, ofenderse?
Rey. Solo tu cortesanìa
pudo hacer, al excederme,
obligarme Astro brillante:
cuyos carbunclos ardientes,
sin duda de sus dos ojos
diafanos rayos aprenden,
desde oy vendràs à influirme.
Vos señora, pues me tienen
vuestro galàn declarado
las libertades corteses
de nuestra Nacion, en donde
nos permiten los desdenes,
de las màs ilustres damas,
que en saraos, y banquetes,
en passeos, y assambleas
nuestro afecto las corteje,
sin que el melindre al recato
los escrupulos afecte,
pues nunca lo cariñoso
olvida lo reverente;
permitid que de galàn
cumpla con todas las leyes,
pues un jovèn, Rey marcial,
cuyo espiritu se enciende
en las militares glorias,
que le dàn tantos laureles,
no està ayroso sin amor,
que sus empressas fomente.
Y assi, tomad mis carrozas,
porque bolvais brevemente
à la Quinta à repararos
del susto, en tanto que llegue
yo à ceñir de un bruto ayroso
el furor en los borrenes,
porque por el viento, unido
à vuestro estrivo me lleven.
Dadme un cavallo: Ay amor, *ap.*
quando juzguè que supiessen
los ayres de la campaña
este ardor desvanecerme,
à sus ojos, mas vencido,
despues que vencì me buelves! *vase.*
Duq. La joya diò al Rey: Amor, *ap.*
dexa los zelos crueles,
que entre las cortesanìas
del Rey, me has hecho que encuentre,
y desde el discurso al alma,
son ensortijadas sierpes. *vase.*
Juana. Que una joya de su dama
al Rey, Enrique le diesse!
sin mì estoy!
Morg. Què mi amo sabe
su poquito de alcahuete,
dando la joya? en fin, no ay
ninguno que no se ingenie,
pues ellos llaman amigos
à los que este oficio exercen,
sin que aya de estos à estotros
cosa que los diferencie,
sino el mal nombre, que sirve
de infamar à los pobretes.
Nis. Morgàn, de mi ama un recado
tengo para tì, si puedes
escapate de èl. *Morg.* Si harè.
Milard. Porque en otro coche entre,
donde llegar pueda Enrique,
bien serà que à ellos me acerque,

an-

antes que llegue mi prima. *Vase.*
Juana. No creì, que vos hiciessseis,
(mucho serà que delante *ap.*
de Fenisa no rebiente
mi enojo! mas de la cifra
me valdrè, si se ofreciere
cosa oculta:) no creyera,
que el desdoro en vos cupiesse,
de dàr prenda que yo os dì,
con accion tan indecente,
como darsela à mi vista.
Enr. Ni yo creì, que tuviessseis
en esso mas que reñirme,
señora, que agradecerme.
Juana. Yo agradecerosl̃o? *Enr.* Sì,
porque bien claro se infiere,
que si me quiso pagar,
el que yo la vida os diesse,
con una joya, que ayrado
me obliga el poder que acete,
y hacer à tan poco precio
mi fineza suya quiere;
quien à costa de otra joya,
bien que joya vuestra fuesse,
la rescata, dà à entender,
que en ningun precio la vende;
y assi, señora, por mas
que vuestro ceño se altere,
quedeme à mi la fineza,
y la joya al Rey le quede.
Juan. No es mas que una prenda mia
vuestra traycion enagene,
que no que el Rey dè pagar
vuestra fineza, me alegue
la fineza? *Enr.* No señora;
porque si mejor se advierte,
es una alhaja la joya,
que aunque por prenda se tiene,
mas de dadiva en su precio,
que no de favor embuelve,
y no importa tanto, que èl
una dadiva conserve
vuestra, como una fineza,
que à vuestros ojos hiciesse;
y pues la joya le paga,
nada el cariño le debe.
Fenis. Ya tengo que sepa el Rey.
Morg. Ya tengo cosa que cuente
à Enriqueta; pues de mi amo,
por mis ciertos interesses,
espia à latere soy
de quanto hablàre, y dixere.
Juana. Mucho se declarò en esto:
solo mi decoro siente,
que al Rey se diesse mi prenda,
y no ser vos quien la diesseis;
porque què me importa à mi,
que vos seais lo que fuereis?
(ay de mi!) que iba à decir, *A èl.*
ingrato, falso, y aleve.
Sale Ricar. El Rey, señora, os aguarda.
Fenis. Ricardo. *Ricard.* Di.
Fenis. Luego verme
puedes. *Ricard.* Si harè.
Fenis. Pues lo pagan,
parlarè quanto supiere,
y aun de quanto imaginàre
le bordarè su ribete.
Juana. Vamos, y en honor del Rey,
à quien el Orbe se estreche,
à ser en su redondèz
digno circulo à sus sienes,
otra vez en los cristales
los dulces coros alternen.
Vanse, y quedan Enrique, y Morgàn.
Music. Al triunfo de Eduardo, &c.
Enr. Astros bellos. *Morg.* Soliloquio?
yo escapo como un cohete,
en tanto que en sus idèas
extatico se divierte
à parlar quanto aqui he visto:
y ha hallado mi caletre,
de Enriqueta en los oìdos,
para que mas me recree,
la piedra filosofal,
ignorada tantas veces,
pues las palabras de estotro
ella en plata me convierte. *Vase.*
Enr. Astros bellos.
Sale Zerb. Solo à fin
de verte, esperè encubierto,
à que dexassen desierto
todo este monte. *Enr.* Zerbin?
à mis brazos bien venido
seas. *Zerb.* Requiebros à mi?
no pararè mas aqui.

Enr. Por què? *Zerb.* Porque he colegido,
que me espera gran trabajo,
pues mi lealtad ſufrirà
el gran chaſco que traerà
à las ancas tu agaſajo:
que quando ſe llega à vèr,
que trate con mucho amor
à un criado ſu ſeñor,
es porque le ha meneſter.
Enr. Siempre de humor has de eſtàr?
Zerb. Deſde que las afuſaſte,
y de Eſcocia te auſentaſte,
no me quedò que gaſtar
otra coſa.; y pues llamado
vengo, y cartas recibì,
quando ignorabian de tì
todos, què puerto has tomado,
què fortunas has corrido,
ni adonde eſtàs, di à què fin
neceſsitas de Zerbin,
ò à què efecto ſoy venido.
Enr. Deſde que quiſo mi ſuerte
darme, con injuſta ley,
por enemigo à mi Rey,
por una tragica muerte,
que diſculpar quiſe en vano,
por ſer en un lance donde
enojè tambien al Conde
de Montgomeri, mi hermano,
de un Monarca perſeguido,
y de un deſtino ultrajado,
de deudos deſamparado,
de mi patria deſtituìdo;
me vì obligado à la auſencia,
haciendo en mi adverſidad,
norte la caſualidad,
deſtino la contingencia,
que à Inglaterra me conduxo,
donde me ſuſpendiò el paſſo,
porque fue quizà eſte acaſo
conſultado con mi influxo.
Ya ſabes quanto en mi edad
primera, el arte exercì
de Pintor, donde adquirì
tal grado de habilidad,
que por sì ſola ſe hacìa
ella eſtimar, de manera,
que para ſer la primera,
no huvo meneſter ſer mia.
Aqui, pues, con ocaſion
de hacer en ſu Corte aſsiento,
lo que fue divertimiento
antes, hice profeſsion;
y en tan noble habilidad
con que he adquirido riqueza,
deſnudo de la grandeza,
hago immenſa vanidad
de ſer honrado por mì,
ſin que nada aya heredado,
pues para eſtàr eſtimado
me ſobra lo que nacì.
Pintor de Camara he ſido
del Rey, y por el primor
de mis lineas, à eſte honor
entre todos eſcogido.
No pienſes que exercitàra
mi generoſo ardimiento
eſte pueſto, tan contento,
ſi amor no me diſculpàra,
haciendo al mas alto honor
los exercicios capaces,
que ennoblecen los disfraces
los diſsimulos de amor.
La hija del Seneſcal,
que en Eſcocia Embaxador
fue, y el milagro mayor,
prodigio mas celeſtial;
pues amor, porque deſpojos
ſuyos los mortales vea,
quanto aun no cupo en la idèa,
ſupo abreviar en los ojos.
Un dia, en Eſcocia, yendo
de nueſtra Quinta al jardin
à un prevenido feſtin,
por ir los coches corriendo,
el cochero, que en enojos
à los demàs atropella,
volcandola el coche à ella,
les quebrò à todos los ojos.
Lleguè al ſocorro el primero,
uniendo en el trance eſquivo
ternezas de compaſsivo,
à leyes de Cavallero:
donde rompiendo embarazos
entre horror, y confuſion,
del rieſgo la preciſion

hizo corteses los brazos,
que de puerto la sirvieron
en el golfo de sus llantos;
(ò à quantos dichosos quantos
riesgos de damas hicieron!)
porque quando mas sañudo
el desdèn en ellas crece,
la desgracia favorece
à quien la suerte no pudo.
A la Quinta la llevè,
donde cortès la asistì,
en el riesgo la servì,
del susto la reparè,
aun sin llegarme à inclinar;
pues tan niña era à mi vèr,
que entonces fue amanecer,
lo que aora es abrasar.
Vila en Inglaterra aora,
y en el zenit de su vida
la perfeccion ya crecida,
que le apuntaba à la Aurora;
oy de la casualidad
renovada aqui la gloria,
lo dulce de esta memoria
se hizo luego voluntad:
què de veces imagino,
por quan ignorados passos,
aun de olvidados acasos,
è influxos hace el destino!
Yo enefeto la servì,
ella en fin me conociò,
y aquel o que se acordò
supo interceder por mì;
porque para la victoria
de su esquiva libertad,
hallò ya mi voluntad
sobornada su memoria:
el secreto la encarguè
de quien soy, fiando de ella
lo inflexible de mi estrella,
mi adversidad la contè,
y asi vencì su rigor,
pues con tierna falsedad,
aun se passò la piedad
à la vanda del amor.
A causa de esta hermosura
mi grandeza disfrazada
està, ofreciendome entrada
el Arte de la pintura,
para vèr la gloria mia
con libertad, y à este fin,
aora estoy en su jardin
pintando una galerìa:
no tengo de quien fiarme,
que en cosa tan arriesgada,
ni à criado, ni à criada
he querido declararme
en mi secreto constante,
porque aỳ el inconveniente
del Rey, que publicamente
hace gala el ser su amante;
y aunque este es afecto ocioso,
que no puede subsistir,
no es cordura competir
la passion de un poderoso,
en cuya suerte importuna,
siempre en su opinion serìa
contra su soberanìa,
delito el tener fortuna.
Demàs, que capitulado
de Norflorcia el Duque està
con ella, y su padre ya
el casamiento ajustado
dexò, aunque por aversion
ella el dilatarla esfuerze,
sin que la obediencia tuerza
su severa condicion.
No ha avido cifras estrañas,
ni ocultas cintas ha avido,
con que no aya introducido
con cautelas, y con mañas
los papeles, y cobrado
respuesta à tiempo oportuno,
sin fiarme de ninguno;
porque Morgàn, un criado,
que en Londres he recibido,
si su genio congeturo,
poco callado, y seguro
à mi amor ha parecido.
Con acciones naturales,
que en una conversacion
poco reparables son,
por ser à todos casuales,
una cifra he discurrido,
con que sin sospecha hablemos;
aunque cercados estemos

de todos; y persuadido
de tu nativa lealtad,
te llaman las ansias mias:
ya te acuerdas que tenias
peregrina habilidad
en fingirte mudo, pues
para este fin te he llamado:
leal eres, y callado,
quanto valgo tuyo es:
mudo, pues, te has de fingir,
y si la cautela passa,
en Palacio, y en su casa
te podràs introducir:
con tu industria, à ella podràs
hablar de mi; y como assi
no se guardaràn de ti,
creyendote sordo, oiràs
quanto della el Rey hablare,
el estado de su amor,
quanto el poder, ò el rigor
para mi ofensa intentàre:
ya la cifra te darè,
porque en un riesgo precisso
me puedas dar el aviso,
sin hablarme, y sin que dè
sospechas de ti el cuidado,
que mis rezelos mejora.
Vamos à la Quinta aora,
donde el Rey avrà llegado,
sin que traycion aya sido
la que intenta mi valor,
que en la guerra, y en amor,
todo ardid es permitido.

Zerb. Pues vamos allà, señor,
que mudo me fingirè
para tu intento, y serè
un mudo tan hablador,
que aunque tu por tus locuras
à mi voz silencio pones,
hablarè en gestos, y acciones
por todas mis coyunturas.

Enr. Yo con ella te darè
introducion; mas primero
que todos te vean, quiero
fingirte mudo, porque
no dèn sospecha el entrar
en su casa por mi mano.

Zerb. Anda, que es rezelo vano
mi entrada, señor, dudar,
haz quenta que està lograda,
que en casa de la grandeza,
jamàs à quien và à ser pieza
le pudo faltar la entrada.

Vanse, y sale Juana con un papel, y descubrese un lienzo, y recado de pintar.

Juana. La ultima cifra de Enrique,
despues que tengo estudiadas
tantas como en el discurso
de nuestro amor hizo, y tantas
como en tintas invisibles,
en equivocas palabras,
y en obscuros caractères
nuevos avisos disfrazan:
la ultima cifra de Enrique
es esta, que en la ordinaria
cifra que me escrive, quando
de darme papeles halla
ocasion, escrita viene,
y su clave aqui explicada:
quiero repassarla à solas
en esta florida estancia,
en tanto que de la Corte
besamanos embarazan
al Rey, y que en el concurso
mi prima està embelesada.

Lee. Todo cariño, que quieran
decirse galàn, y dama,
serà componiendo el pelo;
y todo desdèn, ò rabia,
serà tentarse las sienes,
como que acaso se haga;
jugar con el abanico,
ò estufilla, descuidada,
serà accion de pedir zelos:
y en el galàn los señala
alzar un poco el sombrero,
la cinta, ò pluma que trayga;
satisfaccion de los zelos,
serà el passar por la cara
toda la mano al descuido,
como que es ilusion vana.
Preguntarse si se quieren,
serà en accion alternada,
la dama en el abanico,
y el galàn en la corbata;

el.

el no, se dirà en la oreja;
el si, se dirà en la barba;
en la nariz, se pregunta
si enojado, ò enojada
està; què tiene, en la ceja;
que està malo, ò està mala,
refregandose los ojos;
toda pregunta que enlaza,
como quien, por què, de què,
en la cabeza se haga,
discurriendo la pregunta
conforme lo que se habla.
El Rey, se explica en la frente;
el Duque, tocar la manga;
al decir Ricardo, el pecho;
y Enriqueta, la garganta.
En el dedo mas pequeño,
la persona està cifrada
del criado; en la muñeca,
qualquiera de mis criadas;
el dedo del corazon,
à la dama nos declara;
y el dedo indice, al galàn:
no leo mas, porque es muy larga
la cifra, y muy ingeniosa,
y en cortas señas abraza
quanto la conversacion
de amantes mas dilatada
puede ofrecer sin sospecha,
pues reducida se halla
à acciones, que por casuales,
no pueden ser reparadas:
solo lo que es menester,
es ingenio para hablarla,
supliendo à veces el verbo
con que se unen las palabras.
El vendrà ya à proseguir
las pinturas empezadas
de esta galerìa, que
se discurriò por dar traza
de vernos.

Sale Morg. Que una vez que
un hombre que parlar trayga,
no aya encontrado à Enriqueta
por jardines, ni por salas!
si mas el hablar detengo,
me han de dar mas de mil bascas:
porque un secreto es gusano,
que royendo las entrañas,
con un oculto bullicio,
hasta vomitarle escarba:
valgate Dios la Enriqueta!
pero (ay de mi! aqui està Juana,
este encuentro tiene azàr,
yo escapo.

Juana. Morgàn, aguarda;
para què à Enriqueta buscas?
(aspacio, desconfianzas. *ap.*

Morg. Otra nueva tentacion?
Que tenga un hombre esta falta
de no poder callar cosa!

Juana. Dilo. *Morg.* Mucho aprieta.

Juana. Acaba.

Morg. Señores, ya no es possible,
porque me và dando arcadas,
y un secreto es gran miseria,
que con todos no se parta,
pues podrido à nadie sirve,
y se pudre si se guarda:
Señora, busco à Enriqueta,
porque tan enamorada
està de mi amo la pobre,
que de zelos no descansa;
y porque le diga quanto
hace, dice, y piensa, gasta,
en lo que, porque ella oyera,
quizà yo se lo pagàra,
sino que entre dos deseos
el suyo mas se adelanta.

Juana. Muerta he quedado! y què vienes
aora à decirle? *Morg.* Ya escampa,
à esso no me detendrè,
quede aqui la hoja doblada,
que à moler voy los colores,
pues ya para pintar tarda;
y si es que viene, y contigo
en secreticos me halla,
puede ser que siembre en mì
mil chichones a patadas,
y no quiero que essa fruta
entre mis costillas nazca,
que mi espinazo no piensa
llevar fruta de sus plantas. *vase.*

Juana. Ay infelìz! que en Amor
tranquilidades no aya!
à quien una voz al ayre

no basta para borrasca?
muerta me ha dexado este hombre!

Sale Milard. Prima, tu tan retirada
del concurso de la Corte,
que en quadrillas desmandadas
viene à esta Quinta? què es esto?
mucho à los ojos agravias
de quien tu retiro esconde
belleza tan soberana:
triste estàs? què es lo que tienes?

Juana. Esto solo me faltaba: *ap.*
no sè, triste estoy, y à un triste
todo bullicio le causa.

Milard. Diviertete en la pintura,
que aora de llegar acaba
Enrique à la galerìa,
y à mi en extremo me agrada
el vèr pintar. *Juana.* Ha traydora! *ap.*

Milard. Què dices?

Juana. Vamos; què falsa *ap.*
me lleva à lo què deseo,
quando juzga que me engaña!

Descubrese Enrique con paleta, y pinceles, pintando un lienzo, y Morgàn moliendo los colores.

Enr. Tarde avemos oy venido.

Morg. Si tu te fuiste à la caza,
quien tiene desso la culpa?

Juana. Aqui estamos retiradas
mejor, pues ya desde aqui
à verle pintar se alcanza:
retirate aqui conmigo;
con verle mi amor descansa. *ap.*

Milard. No le ha de hablar si yo puedo.

Juana. La cifra serà la traza.

Enr. Alli se han parado à verme:
aqui la industria me valga
de la cifra que la dì,
pues ya la tendrà estudiada.

Và haciendo las señas que señalan los versos, sin dexar de pintar, y ella hablando con Enriqueta, las hace tambien con disimulo.

Què tienes, mi bien? en ceja,
y pelo digo enojada.

Nariz. Me respondiò en la nariz,
la joya serà la causa,
preguntarèle por què.

Abanico. En la cabeza? *Rascase la cabeza.*

Morg. Pedrada.

Enr. Zelos dice el Abanico,
confusion es bien estraña.

Milard. Què te parece lo noble
de este Arte? *Juana.* Noble le llamas?
quando es su primor mentir,
ya bultos, y ya distancias?

Milard. Si, que es noble la mentira,
que à la verdad se aventaja.

Morg. Misteriosas las señoras
estàn, y tiemblo al mirarlas:
Ay señores! que un secreto
tantos sustos en sì trayga,
que detenido se pudre,
y vomitado amenaza!

Enr. Otra vez en la cabeza.

Morg. Lo que mi amo se rasca.

Enr. La preguntarè por què.

Juana. Assi explicarè mi saña.

Pone la mano en la cabeza, señala el indice, tienta el labillo, y la garganta.

Enr. En la cabeza, en el dedo,
el abanico, y garganta,
porque tu à Enriqueta quieres,
me ha dicho en acciones claras.
Quien se lo dixo, en cabeza,
y boca he de preguntarla.

Componese la sortija del dedo pequeño.

Milard. Què haces?

Jua. Què he de hacer? q̃ tengo *(el dedo pequeño.*
esta sortija apretada.

Milard. Mal tu inquietud dissimula
tu mal humor, ò tu rabia.

Jua. Si bien lo supieras. *Enr.* Bien,
el dedo inferior declara,
que este picaro lo ha dicho.

Morg. Què me miras?

Enr. Muele, y calla,
que si à vista no estuvieras *ap.*
de quien tu traycion ampara,
yo te hiciera que otra vez
à la Condesa contàras
los extremos de Enriqueta.

Morg. El Flos Sanctorum me valga:
este hombre tiene demonio,
porque ni de alli se aparta

la Condesa, ni con otro
le ha podido avisar nada:
no pararè aqui un instante,
Demoñuelo de mohatra,
que en llevar chismes empleas
toda tu diablura, aguarda,
veràs, que en agua bendita
toda mi boca se baña,
porque della no te atrevas
à coger ni una palabra. *vase.*

Enr. Con la mano por el rostro
procurarè assegurarla
de que es mentira.

Milard. El criado *al rostro.*
hizo señas de que vaya
siguiendole, algo ay que sepa:
ya buelvo, *vase.*

Juana. Traydor::- *Enr.* Repara,
antes que pierdas el tiempo
en necias sospechas vanas,
en que un mudo que veràs,
un criado es, que en mi Patria
me sirviò, tengo experiencia
de su ardid, y confianza
de sus secretos; y assi,
recibele tu en tu casa,
di que gustas dèl.

Jua. No quiero:
Aleve, falso, pensabas,
que tercera de mis zelos
avia yo de ser causa
de que en mi casa estuviesse
quien pudiera con sus trazas
dar recados, y papeles
à dama tuya? *Enr.* Què dama?

Juana. Enriqueta, yo lo sè.

Enr. Plegue à los Cielos:-*Jua.* Te cansas.

Enr. Mi bien, mi dueño, mi esposa::-

Sale por una puerta el Rey, y por otra el Duque, y se detienen.

Los dos. Què oygo!

Juana. El Duque: estatua viva soy!

Enr. El Rey: todo soy yelo!
pero la industria me valga:
Mi cielo, mi amor, mi gloria,
mi dulce prenda, mi alma,
y no mi vida, pues ya
està en las postreras ansias,
si tales zelos te dà::-

Juana. Desdichas, èl se declara.

Duq. Zelos? esto và perdido.

Rey. Cielos, Enrique me agravia!

Enr. Y si sè de quien los tienes,
supuesto que es ayre el aura,
à quien llamo, porque temple
mis fatigas con sus alas,
no vivas mas, que serà
en mi la mayor desgracia,
puesto que mi muerte empieza
por donde tu vida acaba;
dixo Zephalo, mas Pocris
entre sus brazos exala
la vida, y en negra noche
sus dos luceros apaga.
Aora podreis la pintura
entender, pues ya explicada
la fabula està, de donde
dixo un proverbio à la fama:
que si el ayre diere zelos,
zelos aun del ayre matan.

Rey. O quanto engaña el oìdo!

Duq. Quanto la aprehension engaña!

Juana. Cielos! èl, sin vèr al Duque,
porque le estaba de espaldas,
desvaneciò lo que dixo.

Rey. Què ay, Enrique?

Juana. Què aqui estaba el Rey? *ap.*
Cielos, muerta estoy!

Duq. Señor. *Rey.* Duque, què se trata?

Duq. Viendo estaba estas pinturas.

Enr. A la Condesa explicaba
yo esta fabula de Pocris,
y Zephalo, à cuya tabla
oy està dando la brocha
las ultimas pinceladas.

Rey. Y està con gràn valentìa
la terneza alli explicada
de Zephalo, alli de Pocris
el desmayo con gran alma.
Corrido estoy: que yo hiciesse *ap.*
tan necia desconfianza!

Duq. Que se atreviessen mis zelos
à una sospecha tan baxa!

Dent. Zerb. Ba, ba, ba. *Morg.* Detente.

Sale Zerbin haciendo ademanes de mudo, y Morgàn deteniendole.

Rey.

Rey. Què es esto?
Zerb. Ba, ba. *Morg.* Què ba, ni què baba?
este hombre ha dado en entrarse,
haciendo mil pataratas
hasta aqui. *Duq.* Parece mudo?
Zerb. La cifra tengo estudiada; *ap.*
y àntes de entrar, hizo mi amo,
que viesse todas las caras
de las primeras personas,
que hacen papel en su farsa,
para conocerlas, puesto
que hablando el criado estaba
quando entrè con Enriqueta:
con la industria comenzada
se lo avisarè, ba, ba, ba.
El dedo inferior, y la garganta, y labios.
Enr. El dedo inferior señala,
y la garganta, y los labios;
esto es que Morgàn hablaba
con Enriqueta. *Rey.* Haced, Duque,
que dèn, si à esso fue su entrada,
à esse hombre alguna limosna;
y vamos, que despachadas
han de quedar las consultas:
O Magestad ignorada!
què explendida servidumbre
es la vida de un Monarca! *vase.*
Juana. No quiero otra vez quedarme
con èl: fortuna ayrada,
quando dexarà de ser
una ansia el fin de otra ansia? *vase.*
Duq. Por señas dirè que venga.
Zerb. Ba, ba. *vanse.*
Morg. Ya le dà las gracias,
con ba ba, lleva el dinero,
por cierto que es linda maula.
Enr. Picaro, còmo te atreves,
faltando à mi confianza, *Dale.*
à ser hablador? *Morg.* Señor,
yo no le he dicho palabra
de tì à la Condesa. *Enr.* Aora
con Enriqueta no estabas
hablando de mì? *Morg.* Esso mas?
à èl le dice quanto passa
el diablo; Jesus mil veces!
si tu de aqui no te apartas,
como lo sabes? *Enr.* Villano,
en tì mi colera ayrada vengarè.
Morg. Señor, señor, *Agarrale.*
que me ahogas, que me matas,
que me quemen, si aqui otro
secreto à voces no anda.
Enr. Amor, duelete de mi,
buelve una vez por tu causa,
no hagas siempre la fortuna
à las verdades desgracias. *vase.*

JORNADA SEGUNDA.

Salen Ricardo, y Fenisa.

Ricard. Absorto quedè de oirte.
Fenis. Lo que te he contado es cierto,
y assi, al Rey puedes decirlo:
no pude, por mas que he hecho,
saber quien sea de mi ama
este galàn encubierto;
mas que ella està enamorada,
es sin duda.
Ricard. Quien siguiendo
nuestros passos viene?
Fenis. El mudo. *Sale Zerbin.*
Ricard. No importa à nuestro secreto,
pues es sordo.
Zerb. Sealo el diablo,
que à muy buena ocasion llego
para oir essa consulta.
Ricard. Y de què sabes tu esso,
que asseguras? *Fenis.* De señales,
que acà nosotras tenemos:
Mira, quando una señora
trae los discursos inquietos,
quando tiene suspensiones,
quando se enoja sin tiempo,
quando està alegre, sin que
nadie sepa por què, y luego
desvanece su alegria,
arrebatada de un ceño:
quando no quiere tocarse,
su poco gusto encubriendo
con una pereza mansa,
embuelta en un dulce dexo:
quando otra vez se compone
con un estudiado asseo,
haciendo en mudos idiomas
de los colores mysterios:
què me quemen, si el amor,

duen-

duende de sus devanèos,
espiritando sus niñas,
no anda en sus ojos bullendo.
Demàs desto, gusta mi ama
de comedias, y de versos,
que es otra mala señal;
pues parecidos afectos
se buscan allà: en el alma
cierto oculto parentesco.
Ella escrive papelicos,
y los lee, aunque no veo
quien los lleva, ni los trae;
porque algun diablo casero
debiò de hacerles, sin duda,
passadizo por los vientos,
por no pagar à criadas
de su registro derechos.
Ella, tal vez afligida
està, y si acaso lo vemos,
embayna à medio suspiro
la contera de un resuello.
De tantas contradiciones,
con justa razon infiero,
que tiene diablo, ò amor;
porque en el humano cuerpo
de uno, y otro, suelen ser
parecidos los extremos.

Zerb. Què diestra es la picarona!
puede de casos como estos,
segun es la dueña, hacer
relacion en un Consejo.

Ricard. Mucho ha de sentirlo el Rey,
si essa noticia le llevo,
que es Monarca, y es amante,
y con justa razon temo,
si à un ofendido se junta
lo amante con lo sobervio,
no quisiera essa sospecha decirle.

Fenis. Pues tu, què riesgo tienes
en decirle al Rey
lo que te ha mandado èl mesmo
que averigues? *Ricard.* Ay Fenisa!
nada aborrecen tan presto
los amantes poderosos,
como à quien fue el instrumento
de que supiessen su mal,
aunque fuessen con buen zelo;
porque la soberania
juzga tanto atrevimiento
hacerle la ofensa, como
decirsela; y en su genio
les deshace aquella vana
fortuna que aprehendieron,
quien la dicha que imaginan
les borra de su concepto. *vase.*

Fenis. Muy moral està Ricardo,
y aun olvidadizo, puesto
que de valde se ha llevado
la noticia: mas què veo!

Hacela señas Zerbin.

Esto tenemos aora?
señitas que yo no entiendo?
por cierto que gusto yo
de vèr amantes gesteros. *vase.*

Zerb. Muda de una perlesìa
quedes tu, plegue à los Cielos;
què habladora de futuro!
aun el pronostico has hecho
de su intencion, y vendido
tus discursos por sucessos;
pero aqui viene mi amo.

Sale Enrique.

Enr. Decidme, fragantes bellos,
purpureos astros floridos
de estos jardines amenos,
de quien el viento, à invisibles
alas sus auras moviendo,
el ambar libra en suspiros,
que esperezais en bostezos:
decidme, si por aqui
passò mi bien? mas ya advierto,
que me respondeis que no;
pues sus plantas este suelo,
à diluvios lo anegàran
de flores, que produxeron,
ni marchitàran sus ojos
las que brotaron sin ellos.

Zerb. Ha señor, què soliloquio es esse?

Enr. Preguntas, necio,
lo que puedes dudar?

Zerb. Còmo no puedo? si puedo,
pues de tu soliloquear,
solo loquear comprehendo.

Enr. Pues, Zerbin, todas mis dudas,
mis pesares, mis contentos,
retiros, y suspensiones,

pue-

pueden tener otro objeto,
que Juana? què me preguntas,
si de mì estoy tan ageno,
por no estàr sin ella en mi,
que absorto, mudo, y suspenso,
no hallando descanso el alma,
sin que tenga en sus efectos
por patria mi voluntad,
y su memoria por centro?
à los humanos discursos
me escondo en mis pensamientos;
ya que eres tu tan felìz,
que introducido te veo
en su casa ya: ay, Zerbin,
y quien para estarla viendo,
vivir pudiera en tus ojos!
Zerb. Linda casa de aposento,
à no estàr junto à las nubes,
que llueven por este izquierdo;
mas no era malo el partido,
que al mirarla yo de lleno,
siendo terceras mis niñas,
estuvieraìs los dos dentro.
Enr. Ya que tan felìz has sido,
à decirlo otra vez buelvo,
otra vez, y aun otras mil:
con embidia lo contemplo,
que estàs en su casa ya,
valido del fingimiento,
que hemos discurrido: dime,
què haveis hablado? *Zerb.* Prometo,
señor, que aunque todo el dia
sus passos ande siguiendo,
no encuentro ocasion de hablarla,
segun la trae su respeto
de criadas assistida,
sino es al descuido, haciendo
las señas de aquella cifra,
que en mì se reparan menos,
que en otro, pues todo soy
señas, visages, y gestos;
y aunque queden las criadas
en alguna ocasion lexos,
porque el murmureo no escuchen
à pronunciar, no me atrevo,
como me tienen por mudo,
y solo à dàr me resuelvo
tus papeles; y aun aora,
puesto que ocasion tenemos
de hablar, pues si viene alguno,
fuerza es en lo descubierto
deste jardin verle antes,
y à nuestras señas bolviendo,
no advertirà que pronuncio,
como no escuchen los ecos;
te he de decir, que Fenisa
es enemigo casero,
y espìa del Rey, que à Ricardo
estaba aora diciendo,
que su ama està enamorada,
segun vè por los efectos,
aunque no sabe de quien.
Enr. Pues por què no has ido luego
à avisarselo? *Zerb.* Porque
en su tocador no puedo
entrar, y porque à Palacio
me embia, que el Rey sabiendo,
que la Condesa gustaba
de mi humor, le hace el cortejo
de gustar tambien de mi:
Por lo qual, señor, te ruego,
que aunque con ella te cases,
no descubras el secreto
à nadie, de que sè hablar,
que perderè mi remedio,
segun lo que esto me vale;
y en los gastos de estos tiempos,
no trueco ser sabandija
por ser hombre de provecho.
Enr. Pues mira, entre algunas cifras,
que yo la he dado, me acuerdo
de una de flores, en que
de una flor solo leemos
la letra con que se empieza,
componiendo el alfabeto;
pues à su seña, alelì,
azàr, y aroma, sirvieron,
de explicar la A. la vara
de Jessè, la B. siguiendo
la C. el clavèl, y de todas
un ramillete compuesto,
poniendo adonde se empieza
à leer un junco en medio,
que al ramillete divida
los renglones và texiendo
en cada circulo el suyo;

y pues jardines excelsos,
que en su variedad ostentan
la grandeza de su dueño,
estàn siempre matizados
de flores de todos tiempos:
yo irè componiendo un ramo,
en que esse aviso encubierto
vaya, y la misma criada
ha de abrigar en su pecho,
llevandosele à su ama,
el aspid de su veneno.

Zerb. Brava es la cifra por Dios;
porque si mal no la entiendo,
hasta ocho, ò nueve renglones
se pueden embiar impressos
en un ramo à qualquier dama,
sin que sea el embeleco
sospechoso, y mas aqui,
adonde el recato es menos
que en otras partes: mas dudo
que aya hallado tu desvelo
para todas letras flores.

Enr. Pues aguarda, que aqui tengo
la llave, y à ti, ni à otro
dexar essa duda quiero.

Lee. Aroma, azàr, azucena, alelì, y amaranto: de la A. la B. la vara de Jessè, y la Bonina; la C. el clavèl, el cinamomo, la citronela, y el caracolillo; la D. la damasquina, y flor de D.Diego; la E. la escobilla de ambar, la espuela de Cavallero; la F. la filopendola; la G. la gemela; la H. el hisopillo; la I. el Jacinto, sirviendole el jazmìn para la I. por ser esta casi una letra; la L. el lirio; la M. la maravilla, mosqueta, y mosco greco; la N. el narciso, y el nardo; la O. la flor de ojo de Christo, y la P. pensies; la R. rosa; la S. el sandalo; la T. el tulipàn; la X. y la Z. no sirven, con la C. se explican; y la V. la violeta; solo lo que no ay es, que, y se suplirà con poner en el ramillete una hoja de yerva olorosa, dondequiera que aya de decir que, para unir la oracion.

Zerb. Linda cifra; pero en tanto
que vàs, señor, componiendo
tu ramillete hablador,
una objecion me resuelvo
à preguntarte, que me hace
mil cosquillas acà dentro:
si son en la gran Bretaña
tan cercanos los dos Reynos
de Inglaterra, y Escocia,
y se professa en ellos
el Arte de la Pintura,
con tan excessivo aprecio,
que de Flandes, y de Italia
hacen conducir los lienzos
de los mayores Pintores,
quando tu llegues à serlo
del Rey, y tan celebrado:
còmo dime, los mas diestros
de Escocia, no han adquirido
una obra tuya, en que temo,
que si la mano conocen,
por ella seas descubierto?

Enr. Muchas soluciones ay
à la objecion que me has puesto.
La primera son las guerras,
que embarazan el comercio:
es la segunda, que yo
esta habilidad no exerzo,
sino es en Palacio, donde
no es facil salir tan presto
ningun lienzo à otras Provincias:
la tercera, que advirtiendo
esse inconveniente mismo,
previniendo esse sucesso,
mudè colores, y estilo;
y quando hiciessen cortejo,
no diràn que soy yo propio,
sino que à mi me parezco:
mas vete, que àzia aqui viene Fenisa.

Zerb. Pues yo me ausento,
porque perderè el metal
de los doblones que adquiero,
si sabe esta, ni otro alguno
el metal de voz que tengo. *vase.*

Sale Fenis. Señor Enrique?

Enr. Fenisa?

Fenis. Tan solo aqui?

Enr. Divirtiendo

estaba la soledad
de estos pensiles hibléos
con las estrañas acciones
del mudo. *Fenis.* Es raro sugeto,
yo no sè por què mi ama
gusta dèl, que no le encuentro
gracias: flores cogeis?

Enr. Quexosas las considero
de no aver en las mexillas,
y frente de vuestro dueño
encendido sus matizes,
ò candidos, ò sangrientos;
y asi, pues se està tocando,
que vos la digais os ruego,
que este ramo, que mis manos
artificiosas texieron,
de las flores que la Aurora
vertiò del candido seno,
ù de los dorados rizos
al destrenzar su cabello,
que se esparciò el ser en ondas,
riza, tempestad del viento:
llegue à encender en sus ojos
sus flores, porque luceros
de nacar aprehendan rayos
de la esfera de su pecho.

Fenis. Y es à mi ama, ò à Enriqueta?
porque exponerme no quiero
à errar quizà la embaxada.

Enr. Es para quien os le ofrezco
la Condesa mi señora
de Salisburgh: ya con esto
no podreis equivocaros,
y que es necessario creo
distinguirla, porque juzgo,
que servìs à dos à un tiempo. *vas.*

Fenis. Mosca le diò la pregunta:
quise averiguar el cuento,
que Nise me contò, y èl
se ha recatado de cuerdo:
Que tenga yo este mal vicio!
à mi què me và el saberlo?
si nada Enriqueta toca
al Rey, de quien yo professo
ser espìa: pues aun quando
le llevaba su denuedo
à la campaña, à Ricardo
dexò en Londres à este efecto;
pero aqui vienen mis amas,
ojo à la vista, y silencio.

Salen Juana, Milardi, Nise, y Morgàn.

Milard. Esto, prima, he de deberte.

Juana. Una cosa en mi cordura
es estrañar tu locura,
y otra es el obedecerte;
porque dime, en un Pintor,
particular Cavallero,
què puede aver (dolor fiero!) *ap.*
que sea digno de amor?

Milard. El Amor, aunque ha fundado
su imperio en su tyranìa,
iguala en su monarquìa
los meritos al estado:
ni èl atiende à la nobleza,
ni à grandeza, aunque mas hables,
que de las prendas loables
fabrìca allà su grandeza:
en su imperio singular
à ningun Monarca cede;
y què Rey es quien no puede
ya abatir, y ya elevar?
Sus prendas considerè,
su gala, y talle advertì,
quizà noble le creì,
porque yo lo desèe.
Miente con tal frenesì
el deseo lisongero,
que se engañò à sì primero,
y me engañò luego à mi.
El, en fin, con mi grandeza
se escusa, y con su humildad,
haciendo con falsedad
veneracion la tibieza;
pero de mi conocida
su nobleza, fue en su modo,
que no puede estàr del todo
una gran alma escondida.
Mi sospecha confirmò
todo lo que me ha contado
de sus cosas el criado,
pues me dixo::-

Morg. Aqui entro yo;
y aunque ando tan aturdido,
que en nada es bien que me meta,
porque anda un diablo estafeta

entre mi voz, y su oìdo:
y tan diablo, que à estirones,
si parlo lo que aconsejas,
ò trae acà sus orejas,
ò lleva allà mis razones.
Si es que vàs à referir
lo que yo te revelè,
un nuevo gusto tendrè
en bolvertelo à decir;
que aunque se sigue el medrar,
enriquecer, y lucir,
no sè quien puede servir
adonde no ay que parlar:
contè, que ocultas tenìa
joyas de precio excessivo,
que lo que ha que con èl vivo,
mil señales en èl vìa
de una incognita nobleza,
en el modo, en el mandar,
en reñir sin ultrajar,
en romperme la cabeza
con una gran seriedad,
en sentir con suspension,
dando rasgos cada accion
de una oculta gravedad,
que puso de la alta cuna
la naturaleza rara
un caracter en la cara,
que no borra la fortuna.
El lo esconde: y aunque digo,
que por mi suerte infelice
todo el diablo se lo dice,
yo no puedo mas conmigo,
y và en la complexion mia;
porque, señora, en efecto,
de lo recio de un secreto
me dìera una apoplegìa,
à no ser que en mis enredos
el Cielo me quito dar
facilidad de arrojar,
aun sin meterme los dedos:
ya dixe, y oy no es penosa
su venganza, aunque llegasse,
y si aora me matasse,
no me queda acà otra cosa.
Sintiera en mi suerte ingrata
no hablar en mi muerte; pero
si es que con mi habla muero,
yo parlarè que èl me mata.

Fenis. Pues usted otra muger tome,
que casar no me conviene
con un criado que tiene
mala ley al pan que come,
ni me hable mas en su vida,
ni aya miedo que le quiera,
para mi natural era
essa muy buena partida.

Morg. Criada eres, y has de ser
como yo. *Fenis.* No ay que tratar.

Morg. Como no pierda el hablar,
pierda quanto ay que perder.

Juana. Què mandas, pues?

Milard. Que por mi
no se enoje tu amistad,
de que con mas libertad
pueda Enrique entrar aqui.
No son mis intentos vanos,
puesto que en nuestra Nacion
poco reparables son
visitas de Cortesanos,
y menos lo seràn dèl,
à cuya introducion ya
tan grandes disculpas dà
lo valiente del pinçèl;
y aunque al discurso se ofrece
reparo en la libertad,
la misma desigualdad
las sospechas desvanece.

Juana. Desde que esse hombre acabò
de pintar la galerìa
de la Quinta, y desde el dia
que el Rey en Londres entrò,
no le he hablado, y enfadada,
en este jardin le vì,
aunque tu sabes que aqui
jamàs se niega la entrada
en jardines à ninguno.

Milard. Por què con èl tanto enfado?

Juana. Desde aquel riesgo passado
le miro como importuno.

Milard. Pues no te diò su valor
vida en sus passos veloces?

Juana. Ay prima! aora conoces
quanto cansa un acreedor?

Milard. Yo, que nunca le debì,
con gusto viendole estoy.

 Juana.

Juana. Yo prometo, que desde oy
gustarè dèl, mas por ti
su entrada permitirè,
como con èl te declares:
le hablaràs quando gustares,
y aun yo por ti le hablarè,
llegandose à declarar
con todos, que es por ti todo,
porque yo halle desse modo
linda traza de pagar.
Milard. Dios te guarde, que al jardin
vendrà, y yo le pienso hablar,
porque le quiero mandar,
que entre por mi en el festin. *vase.*
Fenis. El por el jardin venìa,
donde me dixo turbado,
que en èl, para tu tocado,
de todas flores texìa
este ramillete, que
con mil conceptos me diò.
Juana. Con un junco dividiò
sus renglones, yo verè
si es la cifra, èl se ha de hallar
con muy mala recompensa;
que està engañado si piensa,
que à Enriqueta le he de dar.
Morg. Yo si que se lo dirè:
gracias à Dios, que hallè ya
que contar. *Fenis.* No ay ba, ba, ya
con el Morgàn. *Morg.* Y por què?
Fenis. Por hablador.
Morg. Y podràs dexarme?
Fenis. Si, que soy cuerda.
Morg. Como yo el hablar no pierda,
pierda todo lo demàs.
Jua. Que tu estàs enamorada, *Leyendo.*
aunque de quien ignorò,
con Ricardo al Rey embiò
à decir essa criada.
Fenis. Mil bueltas al ramo dà;
y me mira, y me remira;
ya se acerca, y se retira:
valgame Dios! què serà?
Juana. Fenisa. *Fenis.* Señora mia?
Juana. Ponme esse ramo. *agarrala.*
Fenis. Si harè, donde?
Juana. Traydora, à la fe
faltas de criada mia?
Fenis. Yo, señora?
Morg. Què le ha dado?
Fenis. En què mi ley desagrada?
Juana. Que yo estoy enamorada
à Ricardo le has contado?
Fenis. Jesus mil veces! hechizo
trae el ramo entre los dos.
Morg. Como es esto? vive Dios,
que este diablo es pegadizo.
Fenis. Ay que me mata.
Morg. Usted tome
marido, que no conviene
muger para mi, que tiene
mala ley al pan que come.
Fenis. Si tu de aqui no faltaste,
còmo saberlo pudiste?
Morg. Tambien ustè ignora el chiste?
Juana. Yo te harè:: *Fenis.* El enojo baste,
que no hablarè mas. *Jua.* Preciso es
no darme mas à entender;
yo el ramo bolverè à hacer,
y embiarè en èl otro aviso. *vase.*
Morg. Ni me hable mas en su vida,
ni aya miedo que le quiera:
para mi natural era
essa muy buena partida.
Fenis. Aqui anda el diablo sin duda.
Morg. Lo mismo, amiga, he pensado:
quien pudiera ser callado!
Fenis. Ha quien pudiera ser muda!
Morg. Traeme de alhajas dotales,
chismes, quando nos casemos.
Fenis. Si, pero los partirèmos
como chismes gananciales.
Morg. Puesto que à parlar me enseñas,
y à atisbar mil desatinos,
en ti he de engendrar vecinos.
Fenis. Y yo de tì parir dueñas. *vanse.*
Sale el Duque.
Duq. Pues me permite la entrada
al hermoso ameno sitio,
esfera verde de tantos
caducos astros floridos,
que la noche apaga en sombras,
y la aurora enciende en visos:
pues me permite la entrada
sin nota el comun estilo,
no solo vengo à beber

con los ojos el hechizo,
que inficionandome el alma,
me deleyta los sentidos,
sino à quexarme à estas flores,
que à lo ardiente del gemido;
quantas producen sus plantas
agostaràn mis suspiros.
El Conde de Salisburgh,
padre de Juana, y mi tio;
la ordenò en su testamento;
que se casasse conmigo,
no solo por conveniencias
de ser mi Estado tan rico,
sino por bolver su casa
(quedando en hembra) al antiguo
blason de su Baronìa,
que respetaron los siglos,
conservando su ascendencia
en mi casa, y apellido.
Juana (ay amor! que al nombrarla;
el corazon à latidos,
embidioso de los labios;
del pecho se me ha movido,
à beber, si quiera en ecos,
de su nombre el desperdicio:)
Juana repugna estas bodas,
sin manifestar motivos,
mas que una aversion al Rey;
(con què dolor lo repito!
pues aun de ignorarlo, no
puedo fingirme el alivio,
quando està, à lo que discurro,
desmintiendo lo que miro.)
El Rey à Juana festeja,
y aunque hasta aqui no hemos visto
mas que aquel amor, que es gala;
y mas que eleccion capricho;
pues solo en publicos actos,
donde es empeño preciso
festejar à alguna dama,
su afecto se ha conocido;
sin extremo que desdiga
de su Real animo invicto,
y sin que ella deste coto
el limite aya excedido.
Con todo esso, es un zeloso
inventor de sus martyrios;
pues en mi imaginacion,
produciendome infinitos,
lo que nó deseo espero,
y lo que mas temo finjo:
à vèr buelvo; aqui està Enrique.
Sale Enrique.
Enr. De su vista me retiro,
por no encontrar en sus ojos
mis zelos. *Duq.* Enrique amigo,
por què de mi te retiras?
Enr. Porque viendoos divertido
con vuestra imaginacion,
mi veneracion no quiso,
que arrebate lo ruidoso
el gusto à lo suspendido.
Duq. Antes te he buscado yo,
que una pretension contigo
he de hacer. *Enr.* Vos pretension?
Duq. Ya sabes quanto rendido
vivo al impossible bello;
al soberano prodigio
de Juana, de quien esposo
he de ser. *Enr.* Cielos divinos!
avrà valor para verlo,
en quien no le ay para oìrlo?
Duq. Para engañar sus ausencias
bañar de luz determino
mis ojos, entre las sombras
de los rasgos coloridos
de su belleza, y assi un
retrato suyo te pido,
pues tan alto assunto no es
de menos pinceles digno:
su amante soy, y soy yo,
discreto eres, harto digo. *vase.*
Enr. A quien, Cielos, pudo::-
Sale Ricard. Enrique,
ya que antes de irme te he visto,
te quiero avisar, que el Rey,
que te dixesse me dixo,
que le lleves el retrato
de Juana, que te ha pedido,
y à Dios. *vase.*
Enriq. A quien pudo, Cielos::-
Sale Nise. Enrique, este laberinto,
buscandoos entre sus quadras,
he passeado, y he corrido:
Enriqueta mi señora
me ha mandado preveniros,
que

que no os ausenteis sin verla,
ya mi embaxada he cumplido.
Enr. Otro embarazo?
Sale Morg. Señor,
todo el dia ando en tu busca.
Enr. A muy buen tiempo
vendràs con tus desatinos,
para que te dè mil muertes.
Morg. Tantas? no podràs conmigo,
porque no soy cementerio,
ni caben en mi distrito,
y de una me sobra el tercio,
si tu no guardas el quinto.
Vive Dios, que aunque criado,
soy criado bien nacido,
y que aora no he parlado
para que me hagas ozico:
y este demonio embustero,
con resabios de vecino,
que con cosquillas de chismes
te anda escarvando el oìdo,
miente si algo te ha contado;
y pues me anda en cuentecillos,
salga este diablo, si es hombre,
que le reto, y desafio.
Enr. Calla, si no quieres que
todo el furor vengativo
contra tì rebiente.
Morg. Ay Dios!
callo, que me ha confundido,
y me ha atado de la sangre
las palabras con un grito.
Enr. Aquien pudo, Cielos, (otra,
y otras mil veces repito)
suceder en tantas penas
estàr à todas remisso,
confundiendo el sentimiento
lo vario de los motivos?
Pidiòme un retrato el Rey,
à cuyo poder resisto
en vano, y otro retrato
me pide desvanecido
el Duque: yo de mi dama
he de entregar à otro arbitrio,
ni aun la sombra? yo poner,
su copia en otro dominio,
producida de mi mano,
que diestra contra mì mismo,
mis mismos zelos me vaya
dibujando en lo que pinto,
creciendo mi estudio propio
la ofensa en lo parecido?
Mal aya la habilidad,
pues à su dueño ha vendido!
mal aya, àmen, el disfràz!
y mal aya mi delirio,
que està aumentando en mi idèa
de mis males lo excessivo;
pues contra sì mismo, solo
de sus mismos desvarìos
la idèa de un temeroso
và produciendo enemigos,
y con saber engendrarlos,
no es bastante à resistirlos.

Salen todas las Damas.

Juana. Aquì està Enrique.
Morg. Ay señores,
un Angel las ha traìdo,
que al verle entre sì furioso,
estaba yo tamañito,
sin que en mì mismo cupiesse,
con estàr tan encogido.
Milard. Enrique? *Enr.* Señora?
Milard. Tanta
tibieza, y tanto retiro?
Enr. No es tibieza, es suspension;
pues con verdad os afirmo,
que el rato que fuera de estas
paredes estoy, no vivo.
Juana. Aunque lo dice por mì,
mal mis sospechas resisto,
porque aun les duele à mis zelos
de Enriqueta en los oìdos,
aquella falsa alegrìa
con que se engaña de oìrlos.
Enrique, ya declarado
me alegra el saber que os sirvo
en esto; y si este ramo
me embiasteis, con el designio
de que à mi prima le diesse,
segun de este amor colijo,
os le buelvo, porque vos
darsele podais mas fino,
pues sè que de vuestra mano
tambien quedarà admitido.

Dale el ramo.

Enr.

Enr. El mismo es que yo la dì.
Juana. Tomadle: ha falso! *ap.*
Enr. Ay bien mio!
pues me le buelve, sin duda
que buelve ya respondido:
al descuido he de leerle.
Morg. Temblando los ayres miro,
por si anda aqui este demonio,
y por si al tiento le pillo.
Lee Enr. Tambien que tu tienes joyas,
con otros muchos indicios
de tu nobleza, à Enriqueta
esse criado la dixo.
Morg. Otra miradita?
Milard. Enrique, una cosa he de pediros,
y es, que declareis quien sois,
que por muy cierto he sabido,
que sois mas que pareceis.
Enr. Si creeis lo que os ha dicho
este picaro, de que tengo joyas::-
Morg. Jesu-Christo!
Enr. Y de otras locuras que
inventan sus desatinos,
què culpa, señora, tengo?
un Pintor Flamenco he sido,
de moderada nobleza.
Morg. Este Demonio anda listo:
yo guarnecerè de Cruces
orejas, boca, y vestido.
Fenis. Valgame Dios! este ramo
tiene diablo.
Enr. No me animo,
señora, à daroslе, aviendo
ya de otra mano venido,
que en vos no puede ser prenda
lo que en otra es desperdicio.
Juana. Bien se ha escusado de darle.
Milard. Esta noche prevenido
publico festin tenemos,
porque aun dura el regocijo
de la vitoria del Rey,
y en bayletes la aplaudimos
todas las señoras: vos
vendreis à èl, que yo os combido.
Enr. Si harè, pues vos lo mandais:
Juana con el abanico
me ha dicho, que tiene zelos,
assegurate, bien mio,
dirè en la cara, y el pelo.
Passa la mano por la cara, y toca las hondas de la cabellera.
Juana. Mal mis sospechas reprimo,
pues traygo al pecho corbata,
y aora es uso, y ha sido,
de querer el galàn, seña
la corbata, y el bobillo,
seña de querer la dama.
La oreja, el abanico, la cabeza, la corbata, la barba, el bobillo con el dedo indice.
Assi verè si me explico:
no los tengo de que quieres,
sino de que eres querido.
Enr. Que no los tiene, de que
yo quiera juzgo que dixo,
sino de que à mi me quieran;
yo tengo tambien los mismos
del Duque, y del Rey dirè.
Con el dedo indice, y la pluma del sombrero, la manga, y frente.
Juana. Los tuyos son desvarios
dirè. *La mano por la cara èl, y ella.*
Enr. Y los tuyos tambien?
yo te adoro.
El con el dedo indice, y luego con el del corazon toca la corbata, ella señala el del corazon, y toca con el indice el bobillo.
Juana. Yo te estimo.
Nis. Què silencio serà este,
que à todos ha suspendido?
Sale Ricardo.
Ricard. El Rey, señoras, ha entrado
aora al jardin, porque vino
à vèr el festin, y aguarda.
Milard. Vamos, Enrique,
advertido quedais. *Enr.* Si señora.
Vanse las Damas.
Juana. Enrique, à pediros
buelvo tambien el retrato,
si està ya acabado.
Morg. Oìdos que tal oyen.
Enr. Ya lo està;
apelar serà preciso,
pues me aprietan, à la industria
de que vino prevenido;

ya

ya lo està, y corrido yo
tambien, de lo mal que sirvo,
pues no acierto lo que importa,
pension es de mi exercicio:
este el retrato es de Juana.

Sale el Duque.

Duq. Retrato de Juana he oìdo,
y nadie à mi vista puede
llevarle, sin que mis filos
castiguen su atrevimiento.

Enr. Quede el retrato conmigo
por lo que importàre.

Ricard. Pues què intentas?

Duq. Dàr el castigo
à quien intenta en mi ofensa
llevarle, y no me irrito
con esse pobre Pintor;
porque en fin avrà atendido,
mas que à otro particular,
al interès de su oficio.

Enr. Qualquiera que imaginàre,
que cabe en mi genio altivo
mandarse del interès,
ni que puede mi capricho
dàr retrato de esta dama,
sino à quien me le ha pedido,
se engaña; y pues tan vizarro
muestra vueselencia el brio,
el retrato està en mi mano;
y aunque por tan abatido
me tiene, si ha de cobrarle,
no es apropósito el sitio.

Ricard. Enrique, què es esto? al Duque
respondeis tan atrevido?

Enr. Al Duque, y à vos. *Morg.* El otro,
lo mismo es que un torbellino.

Duq. Dexadme darle la muerte.

Ricard. Esso no, que si le riño,
fue porque os perdiò el decoro,
mas no porque no me animo
à defenderle, supuesto
que aquel retrato se hizo por mi.

Duq. Pues en vos, y en èl
à vengar mi ofensa aspiro. *Riñen.*

Enr. Deteneos, que Ricardo
se engaña, el retrato es mio,
y hecho para mi, quien quiera
cobrarle riña conmigo,
pues que yo soy dueño dèl.

Duq. Hombre, has perdido el juicio?

Morg. El diablo del hombre piensa,
que de todas es querido.

Duq. Muere à mi azero.

Ricard. Esso no.

Enr. No teneis que preveniros
à mi defensa, que yo
assi à un tiempo me despico
de los dos. *Riñen todos.*

Ricard. Teneos.

Sale el Rey, todas las Damas, y Zerbin.

Rey. Què es esto?

Juana. Cielos, què avrà sucedido!

Rey. Como se pierde el respeto,
no solo al sagrado digno
de esta casa, sino à tiempo
que yo dentro de ella assisto?
vive Dios::- *Duq.* Señor::- *Enr.* Señor::-

Rey. Què fue el caso? referidlo,
antes que el mismo silencio
sirva tambien de delito.

Ricard. Fuerza es; pues que temerario
se arrojò à tanto peligro,
yo, señor, te lo dirè:
Enrique, aviendo traìdo
el retrato que mandasteis,
me le daba, quando vino
el Duque, y oyendo el nombre,
irritò lo vengativo
contra Enrique; en su defensa
me opuse; y::-

Morg. Ay hombre maligno!
calla, no lo digas todo.

Fenis. Pues què sientes?

Morg. Esso es lindo,
que salen todos à verlo,
y no queda à quien decirlo.

Duq. Para el Rey era el retrato? *ap.*

Milard. Del susto apenas respiro.

Rey. Mostradme, Enrique, el retrato,
porque en aviendo sabido,
que yo me quedo con èl,
nadie tendrà que pediros.

Enr. Turbado llego: señor,
aqui està. *Dale el retrato.*

Rey. Deidad, què miro?

efte no es el que os pedì.

Juana. Que es mi retrato imagino
el que le dà. *ap.*

Enr. El es, feñor.

Rey. En toda mi vida he vifto
mas deffemejante cofa:
menefter era artificio
para que tu erraffes tanto,
ò te ha dado algun delirio,
pues un retrato me traes,
ni hermofo, ni parecido.

Enr. No pude mas. *Rey.* Como no?
quando en efte Arte no ha avido
mas deftreza que la tuya.

Enr. Difculpeme lo infinito
de la hermofura de tal
original, fi averiguo,
que de parecerfe à ella,
tan diftante, feñor, miro
lo feo, como lo hermofo:
y què eftrañais, que indecifo
hacer otro femejante
el Arte no aya podido,
quando aun la naturaleza,
en tan dilatados figlos,
no fupo producir otro
fugeto tan peregrino?

Rey. Buena es la difculpa; pero
mas huviera yo querido
la obediencia: haced, Ricardo,
pagar à Enrique, à quien libro
feis mil ducados de plata,
porque confefsò rendido
fu acierto à las perfecciones
de tan celeftial prodigio,
y porque en fin, fui yo quien
lo mandò, y es muy diftinto,
que yerre èl, ò yo no premie,
puefto que el eftudio mifmo
le coftò el hacerlo errado,
que el averlo confeguido;
pero advertid, que de oy mas,
que à pintar bolvais os privo
efta belleza, y la copia
en atomos reducidos. *Rompela.*
entrego al ayre, porque
quando fer retrato quifo,
folo fue de fu hermofura
un agravio colorido;
y de què firve el primor,
que no acierta en mi fervicio?
Vamos al feftin; vos, Duque,
quedad tambien advertido
de que Enrique me obedece,
aunque no acierta, y que embio
la copia al ayre, del ayre
cobrad vos los defperdicios:
Ay de mi! pues que zelofo,
fin faber con quien me irrito,
lo que me contò Ricardo
me trae fuera de fentido.
Vafe con Ricardo.

Milard. Vamos, que el Rey nos efpera.
Vafe con Nife.

Juana. Ay de mi! quanto me aflijo,
pues quanto es en mì belleza,
es en Enrique peligro.
Vafe con Fenifa.

Duq. Ay infelìz! que en agravios
mis zelos fe han convertido. *vafe.*

Enr. Y ay infelìz! que pendiente
de los ceños del deftino,
que perfuade voluntario
à lo que influye precifo,
mi vida eftà refpirando
por alientos parafifmos. *vafe.*

Morg. Mudo, oye lo que ha paffado,
pues que todos lo han fabido:
mi amo, y el Duque han reñido,
fobre quien le avia mandado
hacer un retrato; pero
entrò la mifericordia,
porque en cafo de difcordia
llegò el Rey à fer tercero:
Valgame Dios! defcanfado
ha quedado mi capricho;
fi aqui no lo huviera dicho,
huviera ya rebentado. *vafe.*

Zerb. Pues tan hablador te noto
quando tu fecreto apuro,
anda, que yo te affeguro,
que no ha dado en faco roto;
y menos riefgos huviera,
fi en la materia mas grave
el hablador lo que fabe
folo à los mudos dixera.

Suena musica, à cuyo compàs salen todos los galanes, y las damas con mascarillas danzando, y danse las manos.

Music. El viento todo es dulce,
quando su esfera rompen
de dulces consonancias
las clausulas acordes,
y los triunfos invictos,
que la fama pregone
se vierten à la esfera,
no cabiendo en el Orbe.

Rey. Què importa, Amor, que esta mano
de esperanzas me corone,
si otro con Juana es felice?

Milard. Amor, què importa que logre
la mano de Enrique, viendo
su tibieza en mis ardores?

Al dàr la buelta se le cae una liga à Juana.

Music. El viento todo es dulce.

Cogenla el Duque, y Enrique, y el Rey se la quita.

Duq. Suya es la liga.
Enr. Esta liga es suya.
Rey. Nadie la toque:
de dama que và conmigo,
ay ninguno que se arroje
à alzar descuidos? *Los dos.* El Rey.
Rey. No hagais que mi incendio brote,
seais quien fuereis.
Juana. O mal aya
descuido que en tal me pone!
pero negarè que es mia.
Fenis. Y haràs muy bien, si conoces
la gran flogedad que arguyen
descuidos tan interiores.

Cogela el Rey con un lienzo, y se la pone al cuello.

Rey. Assi se toma esta prenda,
y assi es bien que se coloque,
dandola el mayor aprecio:
mas què es aquello? *Dentro gritan.*
Duq. Son voces
del Pueblo, que està presente,
que como quien sois ignore,
la accion, señor, ha estrañado,
de vèr que se ciñe un hombre
al cuello una liga.
Rey. Pues aleves, viles, traydores,
conocedme, que yo soy,
yo soy, y temed que aborte
del pecho el bolcàn centellas,
si irritais mas mis furores.
Yo soy vuestro Rey, aquel
à quien en mil ocasiones,
de lides vencedor siempre
de enemigos tan feroces,
le coronaron de Daphne
los siempre castos verdores;
què quereis, que mis hazañas
esta terneza desdore?
pues quien no estimò mugeres,
quando supo vencer hombres?
Hizo la naturaleza
en la fabrica del Orbe
algun prodigio mas lleno
de admirables perfecciones,
que la muger? ay especie
en quien tal delicia gocen
los hombres, en sus affeos,
sus caricias, sus amores?
Pues barbaros, què estrañais,
que la atencion las adore,
que los hombres las veneren,
y los Monarcas las honren?
Juzgais indigno de un Rey,
que à la hermosura se postre?
Quien dà à la nobleza leyes
sino el centro de lo noble?
Si hombres son tambien los Reyes,
què mejor modo disponen
de haceros comunicable
lo que tienen de conforme?
Que el rendimiento à las damas,
en cuyas adoraciones,
sin perder lo soberano,
su humano sèr reconocen.
Pero para que os enseñe
con quantas estimaciones
el descuido de una Dama
debe ser tratado, oye
lo que dispone tu Rey:
Nobleza, y Plebe de Londres,
de esta liga os instituyo
un nuevo Militar Orden

de Cavallería, que
la Jarretiera se nombre,
por la liga, dedicado
à nuestro Patron San Jorge.
Sea un instituyo suyo,
entre otras constituciones,
despues de las generales,
que la Religion apoyen,
la defensa de las damas,
servirlas con mas primores,
y no consentir jamàs,
que ninguno las baldone,
aunque le cueste la vida,
que à sus obsequios se expone.
Toyson ha de ser de todos
los Reyes mis successores,
pendiente al cuello esta liga,
que à trechos siembren, y adornen
las rosas que à Inglaterra
dieron antiguos blasones.
Una lamina estarà
pendiente en ella de un broche,
donde San Jorge à cavallo
se verà; y porque no noten,
que en el dueño de esta prenda
(sea quien sea) ay mas razones
de estimarla, que el ser dama,
y dirà en su circo un mote:
infame es quien piensa mal,
y à ninguno mas se otorgue,
que à los Grandes de mi Reyno,
los Duques, y los Milordes,
pues de Eduardo Tercero
la fama publica à voces
con esta Religion, quanto
diò à la hermosura de honores.
Y tu, ingrato dueño mio,
en mis extremos conoce
quien trata asi tus descuidos,
què hiciera con tus favores. *vase.*

Todos. El Rey Eduardo viva,
vencedor de vencedores.

Ricard. O como le aclama el Pueblo!

Milard. Digno elogio es de su nombre.

Fenis. Que yo traxesse tan fuertes
mis ligas! *vase.*

Juana. Amor, el golpe
suspende, pues contra Enrique
son de mas estas trayciones. *vase.*

Duq. Cielos, pues ya son agravios,
sed tòsigo que me ahogue. *vase.*

Enr. Amor, si no ay en mi pecho
lugar para tus harpones,
dexa à los zelos la saña
de sus injustos rigores,
pues no ay vida en que se empleen,
el arco à la cuerda afloxen. *vase.*

JORNADA TERCERA.

Salen Fenisa, y Morgàn lleno de Cruces el vestido, y una en la mano.

Fenis. Morgàn, què es esto? què te ha sucedido?
què, has hecho via sacra tu vestido?

Morg. Hija, cada pobrete, aunque Lacayo,
puede hacer un calvario de su sayo:
no ha de llegar à mi, si es que yo puedo,
aquel diablo à quien tengo tanto miedo;
pues porque mi amo contra mì se enoje,
quantas palabras se me caen recoge,
y aunque estamos los dos muy divididos,
al punto las trasplanta en sus oìdos.

Fenis. Lo mismo me sucede; ello por ello,
con mi ama, pendiente de un cabello
traygo, Morgàn, la vida.

Morg. Pues si acaso han tenido
los dos amos un diablo parecido,
yo temo que los dos::-

Fenis. Yo lo he pensado;
pero trae galantèo declarado
tu amo con Enriqueta.

Morg. Ay quien tal crea!
no la puede tragar.

Fenis. No la puede tragar?
aunque esso sea,
mi ama no gusta de èl, ni verle puede,
y enfadarse mil veces le sucede,
de que Enriqueta le aya introducido
tanto en casa; demàs, que yo he sabido,
que ella està enamorada,
y al tal galàn de noche le dà entrada,
ò habla con èl; y aquesto lo barrunto,
porque estas noches, no de todo punto,
desnudarse ha dexado,
y del quarto las puertas ha cerrado
para que no azechemos.

Morg. Mire usted, y esta es la que hace extremos?
de creerlas no trato,
no ay mayor alcahuete que el recato.
Fenis. Temblando toda estoy como azogado,
que este chisme à Ricardo le he contado,
y que lo sepa luego ella no dudo.
Morg. Quien estaba delante? *Fenis.* Solo el mudo.
Morg. Pues còmo ha de saberlo de esse modo?
Fenis. Como esse diablo se lo dice todo.
Morg. Oy vengo yo seguro,
pues mis cruces le sirven de conjuro;
à Enriqueta le traygo un chisme bravo,
que en este instante acabo
de saber, por no perder el ocio,
amiga, cada qual à su negocio.
Mi amo à tu ama embia
este libro de versos que tenìa,
en que estas noches divertirse pueda,
que si este no le gusta, otro le queda;
dice tambien. *Fenis.* Sin duda le ha pedido
ella, pues tantos libros ha leìdo,
que en casa no le quedan mas aora,
muerta es por leer versos la señora;
pero si es que mi flema no te enoja,
todo el libro he de vèr hoja por hoja,
porque quizà no oculte algun villete,
que escarmentada estoy del ramillete.
Morg. Bien haces, que yo un hombre conocìa,
que un papel escondìa
en el hueco que atràs el pergamino
hace al abrir el libro. *Fenis.* No imagino,
que aya reparable nada
en èl, sino tal qual hoja doblada.
Morg. Seràn apuntamientos
de los versos notables. *Fenis.* Mil tormentos
nos cuesta cada cosa que hablamos.
Morg. Es que hablan con el diablo nuestros amos;
pero no ay gente, si es que lo examinas,
mas noble que habladores, y gallinas.
Fenis. De què lo infieren tus estraños modos?
Morg. De que es gente, que piensa bien de todos;
mira, del que es ladron, el refran cuenta,
que de todos lo piensa, pues su afrenta
consuela asi consigo; el Cavallero
mas cabal, y cortès, siempre severo,
piensa que nadie llega à su zapato;
que sabe mas que el otro, el mentecato;
piensa el que es bravo, aunque nadie se le rinda,

que à todos se los traga como guinda;
temeroso el cobarde solamente,
à todo el mundo tiene por valiente;
el hablador, en serlo confiado,
à qualquier hombre tiene por callado;
pues dèl fiar intenta,
y aun lo que tiene gran peligro cuenta,
creyendo hidalgamente, que qual mudo,
el otro callarà lo que èl no pudo. (za,
Pues di, si el pensar bien de otro es grande-
què gente puede aver de mas nobleza,
que gallinas, chismosos, y habladores,
que à los demàs los juzgan por mejores?
Fenis. Ellas salen, retirate al momento.
Morg. No, que para Enriqueta traygo cuento.

Salen las Damas.

Milard. En este estado me hallo;
considera, prima mia,
quando con sus rendimientos
de mis ansias se retira,
quantas veces mi eleccion
con mi grandeza se irrita?
Juana. Miren à què alma tan tierna *ap.*
se quexa la pobrecita.
Milard. Què dices?
Juana. Quanto mi afecto
de tu pena se lastima.
Milard. De ti lo creo.
Juana. Bien puedes,
que soy yo muy compassiva.
Fenis. Este libro con Morgàn
aora Enrique te embia.
Juana. Serà el que yo le pedì;
en èl viene alguna cifra,
para escrivir ingeniosa;
pues en un libro se mira,
que ay palabras para todo
quanto quisieren que diga
un papel, y à la que quiere
que hable conmigo, de tinta,
como que cayò al descuido,
le pone una tilde encima,
y entresacando palabras
de tantas hojas distintas,
que son las que trae dobladas,
para nuestro intento unidas,
vàn formando otra razon;
las letras grandes explican
tambien desta farsa todas
las personas conocidas;
como la R. grande al Rey:
la D. el Duque significa,
y assi todas las demàs,
que de puntos se salpican,
con que puede uno, ò mas libros
ir, y venir sin malicia.
Como que sus versos leo,
quiero vèr lo que me avisa,
juntando palabras sueltas.
Milard. Morgàn, por què te desvias?
Morg. Porque quiero hablarte aparte.
Milard. Dì, pues està divertida
Juana en el libro.
Lee Juana. Mi bien,
mucho el temor me fatiga
de lo felìz que me has hecho,
con permitir mis visitas
de noche, que la fortuna,
para dispertar su embidia,
no halla en los amantes mas
enemigo que la dicha.
Fenis. Esso es leer, ù hojear?
pues passando tan aprisa
las hojas vàs.
Milard. Què me cuentas?
Morg. Lo que vieron estas niñas,
que son niñas de mis ojos,
parleras de quanto atisban.
Lee Juana. Digalo el que nuestro mudo
oy escuchò que Fenisa
contando estaba à Ricardo::-.
Fenis. Valgame Dios! que me mira:
por aqui anda ya el diablo;
toda el alma me tirita.
Lee Juana. Que tu, mi cielo, estas noches
te avias quedado vestida,
y que con un hombre hablabas,
que ella en fin no conocìa;
mira como estarà el Rey,
y como estarà mi vida:
ya no ay mas hojas dobladas.
Ha Cielos! que en su familia
alimente una à su costa
sus mayores enemigas!
Fenis. Què es lo que sientes, señora?

Juana. Vèn acà, à quien le decìas oy,
que hablo yo con un hombre
de noche à deshora? *Fenis.* Chispas;
y esso hojeabas?
Juana. Vive el Cielo,
traydora, vil, mal nacida,
que has de morir à mis manos.
Fenis. Que mis pies no lo permitan
he menester, à encerrarme
voy, huyendo de sus iras:
las hojas dobladas hablan?
aqui ay gran hechiceria. *vase.*
Juana. Con la vida ha de pagar
sus trayciones.
Milard. Oye, prima,
mis dichas, pues tu amistad
de ellas tanto participa,
que hasta que tu las aplaudas,
no puedo llamarlas mias.
Juana. Pues què ay de nuevo?
Milard. Morgàn
dice, que Enrique tenìa
sobre un bufete una carta,
à quien à responder iba:
quando pidiò de beber,
fuele à servir muy aprisa,
atento Morgàn entonces,
y entre tanto que bebìa,
leyò acaso, que empezaba:
ya pudo mi amistad fina
sacarte perdon del Rey,
y luego passò à la firma,
en que hallò, tu hermano el Conde;
sin que pudiesse su vista
comprehender mas, porque Enrique
acabò de beber: mira
si fue cierto lo que acà,
la interior Astrologìa
del pecho à ocultos presagios,
tan mudamente medìa,
que quanto palpita anuncia,
quanto pulsa vaticina:
toma, Morgàn, por la nueva
este relox en albricias,
que es lo que hallè mas à mano.
Juana. Venturosa es la noticia:
Esto se và declarando, *ap.*
y este golpe necessita
reparo: avisar à Enrique
quiero ir, en la forma misma
que èl me escrive: Amor, no dexes
vencer tu soberanìa
de la fortuna, que adversa,
en tu imperio introducida,
para ser sucessos suyos,
los triunfos tuyos te quita. *vase.*
Milard. Toma el relox.
Morg. No señora;
porque es tanta la hidalguìa
de mi natural parlero,
que tan solo al gusto aspira
de aquel hablar por hablar,
que se malogra si pica
en interès, porque entonces
no es chisme, sino codicia:
con que me oygais me contento,
que el gusano me pellizca
de la conciencia acà dentro,
y conozco, que aunque diga
quanto sè, segun mi genio
en esto se engolosina,
no hago merito en que pueda
llevar alhaja tan rica;
y assi, el alma es lo primero.
Milard. Toma, que en vano porfias.
Morg. Protesto que tu me dàs
la alhaja, sin que yo pida
data de usura, sino
que es por galanterìa. *Toma el relox.*
Nis. Como el socarron le toma,
fingiendo con picardìa,
que le reusa: Morgàn, muestra.
Morg. El es de campanilla,
y no de muestra.
Nis. En mi mano
le quiero vèr.
Morg. Yo en la mia,
que señala, mas no dà.
Nis. Pues què de mì no confias?
Morg. No, amiga, porque un relox
nunca fue alhaja de lindas,
que amenaza por minutos
la hermosura mas pulida,
como urio que passa, pues
darte assi, no es vizarrìa,
quien à tu costa en tu muelle

te

te està taſſando la vida.
Milard. Con una induſtria à eſcrivirle
voy, dirè, que conocida
ſu perſona eſtà, y que el Conde
ſu hermano aſsi nos lo aviſa:
puede ſer que ſe declare
con eſto: Amor, no te rindas,
pues ya à mas noble eleccion
el influxo te deſtina.
Vanſe, y ſalen el Rey, Ricardo, y Zerbin, el Rey con la liga, y la lamina.
Rey. Notable pena me has dado.
Zerb. Aqui orejas prevenidas
os he meneſter mas largas,
que de un vecino que atisba.
Morg. El Rey viene, yo me eſcurro. *vaſe.*
Rey. Què, Juana de mi ſe olvida
por otro, y no por sì? Cielos!
Ricard. Eſto me contò Feniſa.
Rey. Y quien juzgas tu que ſea?
Sale Enrique.
Enr. Mal deſcanſa una fatiga,
pues vèr al Rey con Ricardo
mis ſoſpechas reſucitan;
y pues los ſigue Zerbin,
èl me dirà por la cifra
à lo lexos quanto hablaren.
Ricard. Señor, ſi es que mi malicia
ſe ha de creer, que es Enrique juzgo.
Zerb. Tèn, lengua maldita,
que ya para lo que corta,
en ſu garganta te afilas.
Rey. Un hombre particular
à tan alto aſſunto aſpira?
y ella le admite?
Ricard. Señor,
eſto mi diſcurſo indicia,
no ſolo de la aſsiſtencia
à ſu caſa tan continua,
ſino de tan recio empeño
como con el Duque hacìa
ſobre aquel retrato, y vèr
que le errò. *Rey.* No me lo digas,
que deſde entonces eſtà
mi eſtimacion con èl tibia;
y no fue acaſo el errarle,
no ſacando parecida
la copia, quizà por zelos,
que de ſu mano tenìa,
que otros pintan como quieren,
y èl no quiere como pinta.
Enr. Què hablan Ricardo, y el Rey
dirè à Zerbin, pues me mira.
Zerb. Reſponderèle: Ricardo
Señala la cabeza, la boca, y la frente.
dice al Rey (aqui nos pringan)
como Juana, y tu os quereis.
Enr. Puede aver mayor deſdicha?
Ya todo ſe ſabe.
Zerb. Y que
Ha ſeñalado el pecho, la boca, la frente, la cabeza, el dedo del corazon, el indice, y la corbata.
Valgame Dios! ſe me olvidaba,
què ſeña es la de la noche,
mas ya la sè, la mexilla,
y que ella de noche te habla.
El dedo del corazon, la mexilla, el indice, y la boca.
Enr. En fin, todo ſe averigua:
Amor, en gran rieſgo eſtamos.
Rey. Enrique alli ſe diviſa,
no quiero que algun extremo
al verle quizà deſdiga
de mi grandeza, detenle,
que yo en eſſa galerìa
un breve rato eſtarè
con las damas en viſita:
mudo, ſigueme. *vaſe.*
Zerb. Ba, ba. *vaſe.*
Ricard. Por què, Enrique, te deſvias?
Enr. Cavalleros como vos,
ſeñor Ricardo, no eſtilan
aſſegurar à los Reyes
en duda, alguna noticia,
que ſea en daño de tercero,
y la gracia mas valida
debe tener las palabras
junto al poder muy medidas.
Enr. Por què lo decìs?
Enr. Lo digo
por lo que aora al Rey decias,
aſſegurando imprudente,
que à la Condeſa ſervia,
y que de noche la hablaba.

Ricard.

Ricard. Estatua he quedado fria: *ap.*
acabando de hablar solos
el Rey, y yo, no imagina
el alma, como pudiesse
èl saberlo tan aprisa.
Enr. De mi, que digais no importa,
pues todo pàrà en mi vida;
pero en quanto à la Condesa,
infame serà quien diga
cosa que desdecir pueda
de su opinion pura, y limpia,
y yo sabrè castigarlo.
Ricard. A tanta descortesìa
no ay otra respuesta.
Enr. Asi *Sacan las espadas.*
desatenciones castiga mi azero.
Salen el Rey, Juana, y Zerbin.
Rey. Tened, què es esto?
Que este arrojo se repite
aqui otra vez! porque entonces
mi colera no os fulmina
consequencia à la segunda,
fue la primera ossadìa. *ap.*
Juana. Todo es sustos, todo es penas.
Enr. Si yo te ofendì, exercìta,
señor, en mi tus rigores:
descomponer determina
mi industria esta confianza,
que contra mì se conspira;
à hablarme llegò Ricardo,
diciendo, que me queria
tanto, que aun no reservaba
de mi la mas escondida
confianza vuestra, y que
esta verdad atestigua
vèr que aora le dixisteis,
con misteriosos enigmas,
que tengo correspondencias
con una beldad divina,
en quien lo mucho el de hermosa
excede el blason de esquiva,
de noche hablando con ella,
y escriviendola de dia;
que matarme le mandais,
à esto añadiò, y corrida
mi lealtad, y mi nobleza,
de vèr que en una accion misma,
del decoro de una dama
una falsedad publìca,
y una indignidad de vos
intentè con saña impìa
darle el castigo, y la muerte,
y aun entregar sus cenizas
quisiera al ayre, porque
de traycion tan atrevida,
porque no queden memorias,
no era bien dexar las mismas.
Zerb. Ha buen hijo, essa fue doble;
con què destreza està urdida!
Ricard. Señor, si creeis::-
Enr. Pues yo
de què saberlo podia,
si vos no me lo contàrais?
Ricard. Yo?
Rey. Callad, que mas se irrita
mi venganza; à los dos presos
lleven, por la grosserìa
de sacar aqui las armas.
Juana. Mi rendida fe os suplìca,
señor, que à los dos mi casa
oy de sagrado les sirva.
Rey. Aunque vuestra casa fue
principalmente ofendida,
y en ella yo, con todo esso,
le servirà à mi justicia
de indulto vuestra presencia;
tu, Ricardo, te retira
de aqui, que quien traydor falta
à su Rey, que dèl se fia,
no es digno de su presencia.
Ricard. Mi vida verè perdida,
ò assegurado tu engaño.
O supersticion maligna!
Ay aqui secreto grande,
que averiguar necessita
mi industria, porque si no,
la gracia del Rey peligra. *vase.*
Enr. A un traydor un alevoso.
Zerb. Bien despachado le embia.
Rey. Oy los dos por vos, señora,
el indulto han merecido,
y mas el lograrle ha sido
siendo vos la intercessora;
pues el alma que os adora,
sentir debe en pena igual,
que sea condicional,

y no comun el desdèn,
y que podais querer bien
à quien os pinta tan mal.

Juana. No os entiendo.

Rey. Yo bien sè,
que ya os he entendido à vos.

Enr. A solas hablan los dos,
què la dice el Rey, dirè.

Señala la cabeza, el dedo del corazon, boca, y la frente.

Juana. Con ellos responderè,
que èl tiene zelos de ti.

Rey. Que os desvelais mucho oì.

Señala la cabeza, frente, abanico, y dedo indice.

Juana. Y que por la noche hablamos:
Señor, esta que tratamos
no es platica para aqui:
fineza quereis hacer

Señala la cabeza, mexilla, y los dos dedos en la boca.

la ruindad del sospechar?
de quando acà el infamar
fue credito del querer?
còmo llegais à ofender
vuestra Magestad assi?
No estemos, señor, aqui
en tal platica los dos,
que pensais muy mal de vos,
y mucho peor de mi;
à Morgàn voy à entregar
el libro ya respondido. *vase.*

Zerb. El Rey quedò suspendido.

Rey. Què mal hice en declarar
zelos, hasta averiguar
à quien mi enemiga bella
ama, y por quien atropella
tantos decoros Reales!
que en zelos tan desiguales,
antes me ofendo yo, que ella:
Enrique?

Enr. Aqui retirado,
señor, esperando estoy,
que de mi fe quedes oy
seguro, no aviendo hallado
lo que de mi te han contado

Rey. Pues tu, di, te has persuadido
à que yo huviesse creìdo tal locura?

Enr. A mi me pesa;
pues què dirà la Condesa
de zelos que le has pedido?

Rey. Yo zelos?

Enr. Zelos, señor.

Rey. Hombre, estàs fuera de sesso?
y que aun yo lo estoy confiesso, *ap.*
porque èl no pudo en rigor
oìrlo: loco, traydor,
tu te atreves de essa suerte
à decirlo? *Enr.* Trance fuerte!

Rey. Pues di, si yo lo estuviera,
què distancia, aleve, huviera
de mis zelos à tu muerte?
Pues si se quexa el poder
quando se llega à irritar,
aun juzgo que el castigar
es primero que el saber.

Enr. Señor, à mi parecer,
zelos fueron los que oì,
mas quizà mal lo entendi.

Rey. Aqui ay ardid, vive Dios,
pues lo que hablamos los dos
no pudo oìr desde alli:
prevenida la criada
està, y por el interès,
para averiguar quien es,
me darà esta noche entrada:
tu osadìa anduvo errada
en averse declarado;
porque al poder enojado,
lo mas dificil ha sido
el darse por entendido,
y tu lo has facilitado. *vase.*

Enr. Valgame el Cielo!

Zerb. Yo aqui
contigo à hablar me resuelvo,
pero à ser mudo me buelvo,
que viene Morgàn alli.

Sale Morgàn.

Morg. Todo el dia ando tras tì.

Enr. Espera, espera. *Morg.* Ya espero.

Enr. Què es esto?

Morg. Un amo hechicero
me obliga assi à santiguarme
todo entero, por librarme
de su demonio embustero.
[illegible] te embia

la Condesa mi señora,
que este no le gusta: aora
segura està la fe mia,
pues el diablo se desvia
de las Cruces del vestido.
Enr. Muestra.
Morg. Brava industria ha sido
traer las Cruces sembradas.
Enr. Otras hojas trae dobladas,
verè lo que ha respondido.
Lee. Mi bien, esta noche espero,
porque remedio busquèmos.
no solo por los extremos
que ha de hacer el Rey severo,
sino porque lisongero
esse criado villano,
que de un Conde eres hermano,
à Enriqueta la contò,
porque ella un relox le diò.
Morg. Verè à què hora està la mano.
Enr. Culpa es mia, pues sufrì
tanto à un picaro hablador:
muere, villano, traydor.
Saca la espada, y dale.
Morg. Ay desdichado de mi!
señor, en què te ofendi,
que assi me has descalabrado?
dos cuchilladas me has dado.
Enr. Quando ocultarme prevengo,
que un hermano Conde tengo,
à Enriqueta le has contado?
Morg. Jesus! el diablo no ha huìdo
de la Cruz? no es diablo ya;
mudo, tenle, bueno està,
la cabeza me has rompido,
no estès mas enfurecido.
Zerb. Menester es ya mediar, ba, ba.
Enr. El relox me has de dàr.
Morg. Hasta esso el diablo contò?
mas hablador es que yo,
por èl me quiero trocar,
vesle aqui.
Enr. Donde està? *Morg.* Aqui.
Enr. Mudo, à este por hablador
se le quita mi furor,
y porque callas, à ti
te le doy. *Dasele al mudo.*
Morg. Pues pese à mi,
con mi alhaja has de premiar,
que esse otro no sepa hablar?
Enr. Assi el mostrarte consigo,
quanto ganàras conmigo,
si aprendieras à callar. *vanse los dos.*
Morg. Tu el relox me has de bolver,
mudo, que no quiere decir:
ay hombre mas infelice!
à curarme he menester
ir, y podreis aprender
criados todos de mi,
por hablar se medra assi:
pues sin relox he quedado,
y me voy descalabrado,
desdichado hablador fui. *vase.*
Sal. el Duque, y Nise.
Duq. Yo la noticia he tenido
de que un hombre suele entrar
de noche, y averiguar
si es verdad, ò no, escondido
he de estàr, y assi te pido,
que me abras.
Nis. Si harè, pues quando
no fuera yo de tu vando,
en què pecho singular
ay valor para negar
lo que se suplica dando?
Yo la puerta te abrirè,
puntual en obedecerte,
y tambien para esconderte
sitio oportuno tendrè;
y à Dios, no nos vean, porque
lo sospecharàn. *vase.*
Duq. Amor,
suspende un poco el rigor,
en tanto que mis desvelos
se averiguan, que estos zelos
vàn tocando en el honor.
En mi esta liga es baldon,
quando en todos honor fue,
pues por el Rey profelsè
su Militar Religion:
diòla à todos por blason,
y à mi por oprobio, quando
su dueño estoy adorando,
y ella misma, si lo atiendo,
mi casa và ennobleciendo,
pero mi amor infamando. *vase.*

Sa-

Sale Juana con una luz.

Juana. Pues dexo cerradas todas
las puertas, y prevenidos
todos los inconvenientes,
dexadme, necios delirios,
pues paſſais à ſer dolores
deſde que ſois vaticinios,
que empezar deſde el temor
à inquietarſe del peligro,
es anticipar los males
con anſias de reſiſtirlos:
por una noche no mas
que queda, ha de ſer preciſo
que le vean? pues què ſuſto,
què inconveniente prolijo
me eſtà anunciando en preſagios
el corazon à latidos?
para auſentarnos mañana
llamo à Enrique; què infinitos
ſobreſaltos que nos cercan,
unos de otros producidos!
la deſeſperacion, ſolo
es quien puede hallar camino.
En eſte quarto, que eſtà
tan apartado del mio,
y del ruido de la caſa,
por ſer del jardin vecino,
le quiero hablar, y eſtarà
en ſus quadros eſcondido
Enrique, pues tiene llave
de aquel ſecreto poſtigo:
la ſeña harè.

Hace la ſeña con un lienzo.

Sale Enr. Ya eſperando
eſtaba, entre tanto abiſmo
de ſombras, la blanca ſeña
dà eſte tremolado aviſo.

Juana. Mi bien, mi ſeñor, mi eſpoſo,
(con què terneza lo digo!)
ay, ſi eſte nombre duràra
al pronunciarle mil ſiglos,
porque es ya dexar de ſerlo
acabar de repetirlo!
Con mil anſias te he eſperado,
porque acà desfallecido
el corazon, eſcondiendo
lo aſuſtado en lo remiſſo,
me anuncia vanos temores
de que rezeloſa vivo.

Enr. Ay de quien no ya temores
padece, pueſto que han ſido
los mios rieſgos declarados,
con que ni aun dexa el alivio
la evidencia de poder
dudarlos al diſcurrirlos.

Juana. En mas venturoſo eſtado
eſtàs, pueſto que te miro
vivo, y padecido el rieſgo,
que à lo menos del martyrio
te libraràs de temerle
con averle padecido.

Al paño el Rey.

Rey. Ya no ay que dudar, ſoſpechas,
ſupueſto que à Enrique he viſto:
corazon, ni aun lo irritado
me dexò lo ſuſpendido.

Al paño Mil. Niſe me contò, que en caſa
ha entrado el Duque mi primo,
de cierto hombre rezeloſo:
con que otra vez me retiro
à ſoſſegar; mas què veo?

Enr. Conſidera ſi es diſtinto,
aun padecido mi mal,
ſi yerro, pàlido, y frio,
vertiendo la vida en mares,
deſatando el alma en rios,
à nunca mas verte vengo
à decir que te he perdido.

Milard. Bueno es eſto.

Juana. Calla, calla,
que de yelo un baſiliſco,
de carambanos un aſpid
eſſa voz ha introducido
el alma, què el corazon
me muerde por los oìdos:
à nunca mas vèr, què dices?
Ay de mi, Cielos divinos!
ya ſerà eterna la vida,
que me ha ſobrado al oìrlo.

Enr. El Rey, ſeñora, te adora,
èl nueſtro amor ha ſabido,
y yo falto à ſer quien ſoy,
ſi en ofenderle proſigo,
que mas temo en mì lo infame,
que no en èl lo vengativo;
y porque mi rendimiento

quede, señora, bien quisto,
ò ayroso conmigo, pues
disculpa no necessito,
que vèr quanto fue tu amor,
en quantos te vèn, precisso,
me pareciò destinado
mucho mas que persuadido:
no quiero de esta disculpa
valerme, aun para contigo,
que es necio quien con su dama
intenta desvanecido,
que en suplirle algo àzia el garvo,
gaste nada del cariño:
mi amor al del Rey le lleva
mucha ventaja en lo antiguo,
pues en sus primeros años
tuvo su origen el mio,
quando tu padre en Escocia
estuvo à ciertos partidos
de limites, que pararon
en las discordias que vimos:
demàs de esso, nunca el Rey
mostrò en su amor mas designio,
que del publico cortejo
en la Nacion permitido,
porque supo bien su intento
disfrazar con el estilo.
Oy muestra fines mayores,
y aunque soy en sus dominios
Estrangero, mal pagàra
las honras que le ha debido
la apariencia de criado
con que à su grandeza assisto;
sì bien entre las pensiones
de un desigual exercicio,
con ofenderle en el gusto,
en carta que he recibido
de Escocia, el Conde mi hermano
de Montgomeri, me ha escrito,
que estoy ya dèl perdonado.
Milard. Absorta estoy!
Rey. Sin sentido animo,
Enr. Y puesto que es fuerza::-
Juana. Calla, aleve, fementido,
mal Cavallero, traydor,
no prosigas, que ay delitos,
en que no es executarlos
mas ofensa, que decirlos.
Si porque estàs en tu Patria
perdonado, y has querido
buscar tan à costa mia
ocasion à tu retiro:
si el tiempo que aqui has estado,
como ausente, en fin conmigo,
solo estudiaste lo amante,
que basta à lo divertido?
no te valgas de ocasiones,
que demàs de dàr motivo
à mi amante sentimiento,
dèn à mi desdoro indicio.
Por ti del Duque las bodas
hasta aora he resistido;
por ti el Rey experimenta
desayres, mas que desvìos.
Milard. Jesus, y què de finezas,
sin averlas yo sabido!
Rey. Sin atreverme à irritar,
temblando estoy de mì mismo.
Juana. Mas no, no es esta la causa,
sino que avràs advertido
de Enriqueta las finezas,
y querràs, atento, y fino
pagarselas: no es verdad?
de què te acobardas? dilo:
callas? sin duda concedes:
sacame de este conflicto,
ò confiessa, ò niega tibio.
Enr. Solo faltaba que aora
me pidan tus desvarìos
zelos de quien aborrezco.
Sale Milardi.
Milard. Señor Enrique, passito,
que ay valor para saberlo
en mì, mas no para oìrlo.
Enr. Cielos, otro susto mas!
Milard. Ya por lo menos he visto
en que Enrique venga à casa,
quanto, prima, te he debido,
y que no ay en un Pintor
cosa que le hiciesse digno
de mi estimacion.
Juana. Què quieres,
que con esso que me has dicho
me turbe mucho de verte:
y pregunte à què has venido,
y no sepa responderte

con melindroso artificio
solo por ti? pues no quiero,
que mugeres que nacimos
obligadas al acierto,
nunca vemos elegido
cosa en secreto, que pueda
en publico deslucirnos;
y pues yo no tuve culpa
de que boba huviesse sido,
por tu vida no me hagas
mala obra, que es preciso
hablar à Enrique.
Milard. Pues falsa,
tan vil juzgas mi capricho,
que con èl he de dexarte?
Juana. No, pues ni de esso me aflijo:
nunca has visto requebrarse
con mil ansiosos cariños,
à dos amantes?
Milard. Yo no.
Juana. Pues todo quiere principio:
sientate aqui, y lo veràs,
porque và largo el camino,
y por ti no he de perder
la ocasion, y assi prosigo.
Milard. Aun mas de tu desenfado,
que de tu traycion, me admiro.
Juana. Enrique, por ti aborrezco
tanto al Rey; y es tal::-
Sale el Rey. Passito,
que ay valor para saberlo
tambien, mas no para oirlo.
Juana. Este sì que es susto, Cielos!
Enr. Amor, este sì es peligro!
Milard. Cielos, ya sobra venganza.
Rey. No aveis, Enrique, sabido,
que contra lo soberano
el tener dicha es delito?
yo por otro despreciado?
rayos, è incendios respiro.
Enr. Solo sè, señor, que en este
amor me ha dado el destino,
sin arbitrio de evitarlo,
el merito de elegirlo.
Rey. Y yo solo sè::-
Dent. el Duq. Traydor,
ò has de quedar conocido,
ò muerto. *Riñendo.*
Dentr. Ricard. Saber quien eres
tengo, ò no has de quedar vivo.
Rey. Què es aquello?
Juana. Muerta estoy.
Enr. Dentro de casa es el ruido.
Rey. Aguardad, no vais, que yo lo verè.
Juana. Solo os suplico,
señor, no salgais, no piensen
que estabais aqui escondido.
Rey. Enrique està satisfecho,
de los demàs imagino,
que no se os dà nada à vos.
Enr. Ya se acercan à este sitio.
Salen riñendo el Duque, y Ricardo.
Duq. Digo que he de conoceros.
Ricard. Con esse mismo motivo
os traygo à la luz.
Rey. Què es esto?
Duque, Ricardo, atrevidos
reñis aqui?
Duq. El Rey; ya, Cielos,
ocioso es lo que averiguo.
Rey. Què ha sido esto?
Ricard. Señor, oy
Enrique os dexò conmigo
enojado, yo en venganza
de la falsedad que os dixo,
averiguar este amor
tomè por empeño mio,
y de la misma criada,
que vos sabeis, me he valido,
que ignorando vuestro enojo,
juzgò que entraba mi brio
à guardaros las espaldas;
un bulto al entrar distingo,
y empeñado en saber quien
sea este galàn escondido,
embestì con èl.
Duq. A tiempo
que yo, que quizà movido
del mismo intento, con mas
razon buscaba esse indicio,
tambien lo mismo intentaba
saber: con que conducidos
de un mismo fin, las razones
trasladamos à los filos.
Rey. Bien està; pues què licencia
tienen vuestros desatinos

de

de averiguar aqui zelos,
sabiendo que yo aqui asisto?
Ricard. Señor.
Duq. Que èl asiste aqui?
què mas claro ha de decirlo.
Rey. Fenisa, llamame à quantos
à acompañarme han venido,
pues sabes donde quedaron.
Fenis. Temblando, señor, te sirvo. *vas.*
Rey. Yo despreciado? no siento
tanto aver visto abatido
lo Rey, como lo galàn:
què harà, si à lo presumido
de qualquier hombre se junta
de la Magestad lo altivo?
Salen Soldados.
Sold. Què es, señor, lo que nos mandas?
Rey. Que à los tres lleveis os digo
à Palacio, bien guardados:
y en aviendo amanecido,
señoras, tambien espero,
porque aveis de ser testigos
de como venga Eduardo
el averle competido,
que espero que al mundo quede
memoria de su castigo. *vase.*
Duq. Esto sin duda es por mi:
Hados crueles, è impìos,
por què me guardais la muerte,
si contra mi fama vivo? *vase.*
Enr. Contra mi, fortuna ayrada,
vàs esgrimiendo el cuchillo,
pues passa por delinquente
en mis ansias lo influìdo.
Milard. Cielos, ni sè lo que temo,
ni aun sè lo que ha sucedido. *vas.*
Juana. Cielos, donde vàn mis penas
de un abismo en otro abismo? *vas.*
Sale Zerb. Gran cosa es tener relox,
toda esta noche passada
con el ruido del volante,
no solo me despertaba,
pero ya con darle cuerda,
ya con mirar si se para,
ya si anda bien con el otro,
y ya en què ocasion se atrassa,
aun no he pegado mis ojos;
que aya quien tenga esta maula,
que es para cuenta engañosa,
y enfadosa para alhajas!
vamos à Palacio en fin.
Sale Morgàn.
Morg. Al mudo atisvando anda
mi valor, pues aunque tenga
la cabeza entrapajada,
y aunque aya menester unos
remiendos de calabaza,
yo he de cobrar mi relox;
y pues èl no trae espada,
y yo si, puesto que aora
le voy cogiendo de espaldas,
quien dà luego dà dos veces, zas.
Dale con la espada, y buelve Zerbin.
Zerb. Ha traydor, què me matas?
ay pobre de mì, que hablè.
Morg. Como què, los mudos hablan?
sin duda tu eres el diablo,
que quanto yo digo parlas:
dexa, ladron, mi relox,
ò te esconderè en la panza
el letrero de esta hoja,
y harè de tus tripas bayna.
Zerb. Toma, Morgàn, el relox;
pero por la Virgen Santa,
que à nadie digas que hablè.
Morg. En vano en esso te cansas,
que no perdiera yo el gusto
de decirlo à quantos passan,
si me dieras mas reloxes
que puede aver de aqui à Francia:
vèn à Palacio conmigo.
Zerb. Mira::-
Morg. Son escusas vanas.
Zerb. Pues mira que à tu amo sirvo,
callalo.
Morg. Miren què tacha,
el ser de mi amo el secreto
le dà otro tanto de salsa.
Zerb. Llevòselo todo el diablo.
Morg. Aqui sale el Rey, tu calla,
hasta que lo diga yo.
Zerb. Descubriòse la maraña.
Salen el Rey, el Duque, Ricardo, Enrique, y todas las damas.
Juan. Temblando à sus ojos llego.
Duq. O quanto la vista ayrada

de

de un Rey pone horror!
Enr. O quanto
su semblante me acobarda!
Rey. Enrique, toda la Corte
presente, està combidada
à vèr tu castigo: Amor,
mira que el poder se ultraja *ap.*
con tu victoria; si fuiste
passion, ya has de ser hazaña:
el averme competido,
pidiendo està mi venganza.
Enr. Injustamente, señor,
competencia tuya llamas
el rendimiento, si oiste
que mi lealtad intentaba
vencerse por sì, cediendo
à tu respeto mi dama.
Rey. En esso me competiste,
no en quererla, no en amarla,
que para esso en su hermosura
tuviste la misma causa
que yo, y aun sin la disculpa
de aquella Real constancia,
que nada el animo immuta
en las passiones humanas
el amor, y la fortuna
respetando los Monarcas.
Lo que el muy diestro que juega
con un Principe las armas,
hace; que para mostrar
quanto su poder alcanza,
y por donde herir pudiera,
si con otro batallàra,
no executa las heridas,
solamente las señala.
En quererte vencer tu
me competiste; ignorabas,
que la mas heroyca accion
queda siempre reservada
para el pecho mas heroyco?
Bueno fuera que contàran,
que tu te venciste à tì,
y yo no pude, y quedàras
tu con la gloria de aver
hecho la accion mas hidalga.
Los Reyes son Reyes siempre,
y las acciones mas altas,
al mayor poder las tiene
el destino decretadas:
vencerse es lo mas dificil,
y gloria mas soberana
es vencerme yo, que tu,
pues es, si bien lo reparas,
mas dificil la victoria,
que al mayor poder contrasta.
Rey es quien à sì vence,
y no el que à los otros manda,
que el valer contra sì mucho,
es mas digno de alabanza
en los hombres; pues por què
ambicioso imaginabas
usurparme tu una gloria
por dexarme una esperanza?
Este tu delito ha sido;
que de castigar oy trata
mi grandeza, y no mi enojo,
explicandose mi saña
con hacer oy beneficios,
à quien hacer intentaba
à mi fama tal injuria;
porque no ay mayor venganza
para una ingrata nobleza,
que convencerla de ingrata.
El tiempo que libres fuimos,
amè, servi, y quise à Juana
con la libertad cortès,
que permite nuestra Patria;
y no siendo justo à un Rey,
origen de quien dimana
toda nobleza, ofender
la suya, ni aun con las ansias,
solamente he de acordarme,
que la quise para honrarla;
pues quien debe honrar à todos,
què debe hacer con quien ama?
Traedme una liga aqui,
de quien penda la medalla
de San Jorge; porque Enrique,
quando con Juana se casa,
hecho de mi mano quede
Cavallero de la Vanda,
que en honor de su muger
instituyò cortesana
mi atencion.
Duq. Señor, què dices?
quando no consideraras,

que la Condesa quedò
conmigo capitulada,
casarla con un Pintor,
à quien no harà repugnancia?
Rey. Enrique de Montgomeri
es de tan ilustre casa
como vos; y demàs de esso,
por Nobleza no bastaba
el ser de mi Jarretiera?
Enr. Aun no acierto à hablar palabra
de confuso.
Sale el Criado con la Vanda.
Criad. Ya està aqui.
Rey. No es essa la que señala
mi afecto à Enrique, sino
la misma que el pecho esmalta
mio, ponedme à mi essa.
Tu, Enrique, llega, y repara,
en que es la que te echo al cuello
la liga tan celebrada
de Juana, que restituyo
con tanto honor, gloria tanta,
y en ella pendiente aquella
joya suya; porque en arras
se la dès, y de esta accion,
à voces dirà la fama,
que no el traerla yo al cuello,
ni hacer de ella tanta gala,
ni el darsela à la Nobleza
por ilustre circunstancia,
sino el bolverle à su dueño,
quando la mirè casada,
es el aprecio mayor
del descuido de una dama.
Juana. Quién si no tu, de sì mismo
tan alto triunfo logràra?
Morg. Señor, aun falta otra cosa
que saber, este mudo habla,
y que èl parlò quanto oyò.
Rey. Ya no importa.
Fenis. Tu contabas
quanto yo hablaba, traydor?
Zerb. Harto castigo me alcanza,
pues pierdo el ser sabandija,
cosa oy de tanta importancia.
Duq. Pues, señor, con tu licencia,
perdida ya la esperanza
en Juana, pueda Enriqueta
restituir à mi casa
la sangre de vuestro tronco.
Milard. Feliz soy! aqui me valga
la cordura.
Morg. Y aqui, puesto
que la Comedia se acaba,
y no ay que parlar en ella,
solo os contarè, que aguarda
de la piedad el Ingenio,
que le perdoneis las faltas.

F I N.

Hallaràse esta Comedia, y otras de diferentes Titulos en Madrid en la Imprenta de Antonio Sanz, en la Plazuela de la Calle de la Paz. Año de 1751.